



1856. — TOMO VII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 15. — N° 169.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

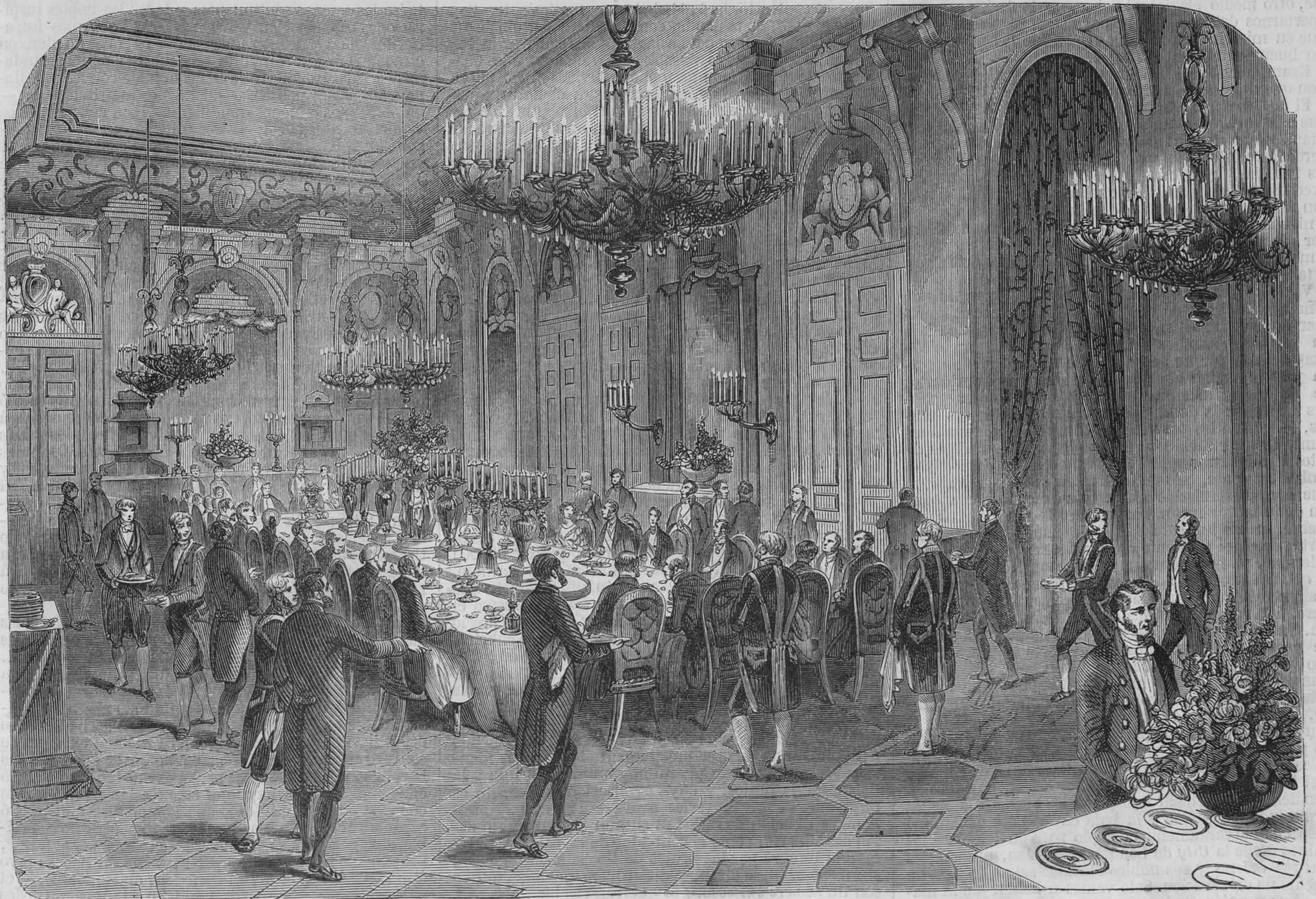
Banquete diplomático en el ministerio de Negocios extranjeros; grabado. — **El lujo moderno.** — **Revista de Paris.** — **Oda inédita de fray Luis de Leon.** — **Kinburn;** grabados. **Hombres ilustres de la América española.** — **Los diplomáticos del Congreso de Paris;** grabados. — **Vateriano.** — **Las razas de caballos en Francia;** grabados. — **Exposicion Universal de la Industria.** — **A sus violetas.** — **La Adelfa.** — **Boletín científico.** — **El monumento de Walter Scott en Edimburgo;** grabado.

Banquete diplomático en el ministerio de Negocios extranjeros.

En este mismo número publicamos los retratos de los miembros que componen el Congreso de Paris, acompañando nuestros dibujos con una corta noticia sobre cada uno de estos ilustres personajes. Pensamos que en breve podremos presentarlos aquí en el ejercicio de sus solemnes funciones; para nosotros será una grande satisfaccion el poder consagrar en un cuadro digno de la pos-

teridad, la obra pacífica que se halla sometida en este momento á las deliberaciones del Congreso.

Entretanto damos hoy en el dibujo que figura en esta página una sesion donde no era de rigor el secreto; que-remos hablar del gran baquete diplomático que el dia 25 de febrero dió en su palacio ministerial el Sr. conde de Walewski á los miembros del congreso, en celebridad de la apertura de las conferencias. Dos de los convidados faltaron á la comida: lord Cowley y Mehemet-Djemil-bey, que se limitaron á asistir al concierto que la siguió, y al cual fueron invitadas trescientas personas.



Gran comida diplomática dada en el ministerio de Negocios extranjeros, el 25 de febrero de 1856.

El lujo moderno.

¿Adónde va á parar nuestra sociedad con esa moderna plaga del *lujo* que se ha desarrollado en su seno como una lepra, y que si no se le pone remedio pronto, pronto, amenaza nada ménos que disolver sus vínculos mas sagrados con el virus de una espantosa y necesaria desmoralización? Tal vez á primera vista parecerán exageradas estas palabras. Los observadores superficiales creerán que de intento hacinamos las metáforas terroríficas en este apóstrofe *ad societatem* para dar á nuestro artículo un falso aire de arenga californiana, más por artificio retórico que por que la cosa en sí merezca tanto ruido; pero protestamos, la mano sobre el pecho, que nada, absolutamente nada creemos exagerar al repetir aunque en forma mas pedestre y sin recursos oratorios imitados de Ciceron, que la sociedad se pierde, — que la sociedad se hunde sin remedio en un abismo de inmoralidad si pronto, muy pronto no se da á las ideas públicas un giro tal que ataque de frente y destruya en su ya peligrosísimo progreso esa locura del lujo moderno, origen necesario (si no se ataja á tiempo) de incalculables estragos para la familia, — y por consiguiente para la sociedad.

Y ya que hemos citado á Ciceron, recordemos su sabia máxima: *Quid leges sine moribus?*... ¿De qué sirven las leyes sin las costumbres? por eso no pedimos leyes contra el lujo (*suntuarias*, que dicen los doctos): serian inútiles ó perjudiciales; pero pedimos como el pan que se modifiquen las *ideas*, que se les dé el giro conveniente á fin de que ese lujo se vaya conteniendo en justos límites, y esto no es obra de los legisladores: esto compete á los publicistas, á los filósofos, á los amigos de la humanidad.

Los que mas eficazmente pudieran contribuir á tan feliz resultado son los poetas cómicos. Un nuevo Molière que flagelase hoy con el látigo de Talia el furor del lujo haria un bien mucho mayor á sus contemporáneos que el que hizo á los suyos el autor de *Tartuffe* y de las *Preciosas ridiculas*, cebándose en los vicios comparativamente inofensivos de la gazmoñería y del pedantismo. Un segundo Cervantes que inmortalizase en páginas *leídas por todos los que saben leer*, como las del *Quijote*, la ridiculez y los peligros de esa funesta y sandia manía del lujo, podria salvar á la sociedad. Compadecido de la situación á que hemos llegado por nuestro escaso discernimiento ¿suscitará Dios entre nosotros el nuevo Cervantes ó el nuevo Molière cuyo ingenio pudiera abrirnos los ojos y descubrirnos con su divina luz el abismo á que caminamos?... ¿Quién sabe! pero si no ese, otro medio elegirá el Señor, no lo dudemos, para apartarnos del mal que nos arrastra, pues escrito está que su misericordia infinita vela sobre nosotros, como un buen padre sobre sus hijos.

Examinemos rápidamente el estado actual de la cuestion que nos ocupa, aplicada á la clase media.

El *lujo moderno*, decimos, ha llegado á un extremo que amenaza ya de un modo serio á la sociedad. ¿Necesitamos demostrarlo? Sea; lo haremos pintando con sus verdaderos colores lo que hoy pasa en la mayoría de las familias, dejando á un lado (por supuesto) honrosas excepciones, sin particularizarnos con persona, ni aun con país alguno, pues hoy que las costumbres tienden á nivelarse en todas partes, lo que digamos de Paris, por ejemplo, donde escribimos, es aplicable en mayor ó menor escala á todas las grandes ciudades de Europa y tal vez de América.

Veamos pues lo que pasa. Ante todo, tenemos que señalar dos clases de lujo igualmente ruinosas, igualmente generalizadas: el lujo en las personas, el lujo en las cosas. Ambos han llegado á un grado de exageración, por no decir de desenfreno, que no guarda ya proporcion alguna con los recursos ordinarios de las clases medias. Divídense estas en dos grandes secciones: la de las familias que viven de sus rentas, — y la de las que viven del trabajo de alguno ó algunos de sus individuos: aunque muchas participen de estos dos recursos á la vez, perteneciendo de hecho á ambas secciones, esto no obsta para que la clasificación que hemos establecido sea la mas exacta, en cuanto es sin duda la que mejor las comprende á todas. Las primeras, en su inmensa mayoría, disfrutan una renta corta: desde el momento en que esa renta es muy considerable, ya la familia que la disfruta sale de hecho de lo que se llama las *clases medias*, pasando de un salto y sin necesidad de pruebas ni mas ejecutoria que su dinero, á la categoría de *las altas*, esto es, á la aristocracia. Ya esta familia aristocratizada sale pues del círculo de nuestras observaciones. Hasta cierto punto, lo mismo diríamos de las familias que viven del trabajo de alguno ó algunos de sus individuos, si la retribucion de este trabajo (profesion científica ó industrial ó mercantil, empleo público ó siquiera simple oficio manual) es muy considerable, cátense Vds. elevado á la categoría de *personaje* al afortunado mortal que la disfruta, y á su familia convertida en *aristocrática*, siquiera el padre ó el hermano que la mantiene se hayan enriquecido vendiendo embuchado debajo de los portales de Santa Cruz, jugando al alza y la baja en la Bolsa de Paris, ó despachando cargamentos de opio para envenenar á los chinos desde la *City* de Londres. Tambien, pues, estos ilustres señores y sus nobles familias salen de nuestro círculo de observación. Solo vamos á hablar de la mayoría; ¿y quién duda que esta se compone en todas partes de posiciones modestas debidas á caudales medianos? Pues bien! en esas posiciones modestas es ca-

balmente en las que el lujo tiene mayor número de insensatos adoradores: en esas familias en las que el orden y la economía son, ó mas bien deberian ser, tanto como una virtud, una verdadera necesidad, es donde vamos á sorprender las grandes extravagancias y los desvaríos increíbles que produce la manía del lujo, producto infundido de la vanidad y la tontería adunadas en maridaje nefando.

Triste cosa es tener que decirlo, pero es lo cierto que el sexo hermoso al que todos los hombres debemos especiales respeto y cariño, aunque no sea mas que porque á él pertenecen nuestras madres, es cabalmente el que mas alta lleva la bandera del extravío que lamentamos. Las mujeres son las grandes sacerdotisas del abominable culto tributado hoy en el mundo al Becerro de oro! ellas son las que por satisfacer su sed de lujo, impelen á los hombres, en general, y á sus maridos en particular, á posponerle todo á la primera y perentoria necesidad de ganar mucho dinero. Si los hombres hacen las leyes, las mujeres hacen las costumbres: sobre las mujeres cae la mayor responsabilidad de todo ó casi todo lo que tienen de materialista, de interesado y de repugnante para toda alma noble las costumbres modernas. Y obsérvese una cosa muy singular, tanto que parece que contraría hasta las leyes de la naturaleza: en todas las especies de seres animados, los individuos de cada sexo hacen lo posible para *agradar* á los del otro. Nosotros los hombres, por ejemplo, es seguro que si nos aseamos y nos componemos es principalmente por agradar y parecer bien á las mujeres: lo mismo hacen, á su modo, los leones con respecto á las leonas; lo mismo las tortolillas con respecto á sus galanes. Así es lo natural: solo las mujeres se desviven, se arruinan y pierden el juicio por agradar y parecer bien... á las mujeres! De los hombres no les importa tres caracoles, y de sus maridos ni uno solo. No se citará (salvo excepciones) el caso de una mujer que haya hecho el sacrificio de añadir una rosa á su peinado ni una cinta del valor de cuatro cuartos á su falda por parecer bien á su marido si es casada, á su amante si es soltera, y se citarán á miles casos de damas elegantes que han sacrificado unas hasta el pan de sus hijos, otras hasta el honor de sus padres, por el placer estúpido de ir barriendo con los encajes de sus volantes, los barros de la calle, no á fin de parecer mas hermosas á los hombres (no llega su insensatez á tanto y por lo mismo son ménos disculpables), sino para que la amiga ó la rival exclamen al verlos: *¿Qué bien puesta va!*... ¿Es deseo de agradar ó de mortificar á sus prójimas en lo mas íntimo de su vanidad y de su envidia? indudablemente es lo segundo, pero para el caso es lo mismo, y ciertamente que la ruindad de su origen en nada puede atenuar, antes muy al contrario, la fealdad de ese sentimiento. Con doble motivo, no teniendo, como no tiene por objeto ese desatinado lujo personal de las mujeres cautivar la voluntad de los hombres (pues es claro que á estos les gustan más aquellas cuanto ménos ataviadas), no puede dicho lujo alegar como legítima excusa el natural instinto mujeril á que los franceses dan el nombre de *coqueteria*, en su buen sentido, esto es, en el de agradar al otro sexo: no es pues mas que un mal sentimiento de loca vanidad el que las arrastra, no á parecer mas hermosas, sino mas ricas á los ojos de los que las miran.

Y esto que decimos es de una evidencia palmaria. ¿Cómo han de figurarse, por ejemplo, que aumenta su hermosura un vestido que arrastra? Bien saben que lejos de aumentarla, la disminuye ó la oculta; pero dan por bien empleado este sacrificio á trueque de establecer, á favor de esa moda ridícula, la *necesidad* de pisar alfombras y de salir en coche en cuanto caen cuatro gotas de lluvia y hay un poco de barro; necesidad económica en cierto modo, pues en efecto lo que se ahorra yendo á pié no equivale á lo que se gasta y destruye estropeando un traje de los que hoy se estilan para la calle, incapaz de resistir la menor mancha. Son cuentas claras: es preciso ir en coche por *economía*. Para que no tenga el diablo por donde dejarle, el lujo moderno se hace hasta hipócrita. Su principal dote sin embargo es la de *envidioso*. Porque las señoras de alto copete, nacidas y criadas en la opulencia, adoptan un modo de vestir adecuado á sus grandes recursos y á su género de vida, es preciso de toda precision que las que no tienen aquellos recursos ni pueden hacer la misma vida, adopten el mismísimo modo de vestir: no hay remedio. Así lo exige la moda, esa veleidosa tirana del sexo hermoso. Y por consiguiente la mujer del infeliz zurupeto que gana á duras penas mil pesos al año, ha de ponerse el mismo estrafalario sombrero de gasa y cintajos, (precio 80 frs.) que usa la opulenta banquera, para no cubrirse con él la cabeza y tener que tirarlo al basurero en cuanto le dé un poco el aire... ó la intemperie. ¿Qué mas? hasta la linda tendera que pasa el día midiendo varas de *moiré antique*, (cuando no son hombres barbados los que las miden — ¡qué vergüenza!) y aun la doncella de labor condenada por el hado adverso á vivir cosiendo para otras, han de usar precisamente las mismas mangas absurdas que han puesto hoy en moda el lujo y la holgazanería juntos, y cuya explicacion por escrito es imposible. Es preciso verlas para creer en ellas. Ni son mangas ni dejan de serlo; ni cubren el brazo ni lo dejan descubierto: como el contenido de las calderas puestas á la lumbre por las brujas de Macbeth son una *cosa sin nombre*. Otros dirán, y dirán bien igualmente, que son un *nombre sin cosa*. ¿Si querrán tambien hacernos creer las damas que con esas ridículas mangas se aumenta su hermosura? Harto saben que su único mérito es ser caras y exigir una renovacion incesante.

Pero aun nos queda por recordar lo mejor, y es esa magnífica redondez que han logrado darse las damas de la cintura para abajo, convirtiendo esa parte de su cuerpo en una campana de catedral, en un globo aerostático, en una pollera, — ó en cualquier cosa que no sea la graciosa y delicada forma de un cuerpo mujeril. Ventajas de esa moda de vestidos, son: 1ª desfigurar completamente á la persona que los lleva, igualando á la vieja con la jóven, á la flaca con la gorda, á la bien con la mal hecha; 2ª ser extraordinariamente incómoda para la persona que los usa y para todas las que la rodean; — 3ª consumir un incalculable número de varas de tela; — 4ª imposibilitar el paso por toda puerta que no tenga dos varas de anchura; 5ª exigir un coche entero para cada una de las damas que así se visten para un baile (el marido ó el padre ó el hermano pueden subirse á la trasera, ó bien al pescante, ó irse á pié, como gusten); — 6ª... pero ¿á qué cansarnos? seria el cuento de nunca acabar ir enumerando todas las *ventajas* de tamaño dislate.

Suponen algunos maldicientes que las feas y las contrahechas son las *autoras* de esa moda de los talles monstruosamente abultados, lo mismo que de la de los vestidos que arrastran, y en suma de todas las que tienen por objeto aparente ocultar las deformidades naturales ó disimular los estragos que suele hacer el tiempo, ya en la cabeza, despojándola de su natural corona de oro ó de azabache (el pelo, para decirlo sin perifrasis), de donde proceden las gorras, los moños empingorotados, los plumajes y demás *coiffures* estrepitosas, — ya en otras partes del cuerpo ménos expuestas á las miradas indiscretas; pero esto no debe ser verdad cuando vemos á las jóvenes y á las hermosas apelar á iguales artificios del tocado con el mismo entusiasmo que sus madres y sus abuelas. Creemos mas bien que lo que las impulsa á todas es el amor del lujo, la vanidad.

Hasta aquí no hemos examinado mas que algunos accidentes grotescos del lujo personal de las mujeres; hasta aquí la cosa no pasa de ser meramente ridícula: lo serio, lo grave está en sus consecuencias inmediatas. En primer lugar, como todo en este mundo tiende á equilibrarse, y cada antecedente trae por necesidad su consecuente, cada gasto superfluo en el vestido, por ejemplo, trae consigo la inevitable secuela de otros cien, enlazados unos con otros insensiblemente: la suma de estos gastos representa al cabo de un año, ó de dos ó de diez, la ruina ó el deshonor de las familias. Poco á poco se va contrayendo el hábito de gastar mas de lo que se tiene. Empeñado ya el amor propio en sostener una posición superior á los recursos con que lícitamente se cuenta, hay que apelar á medidas extraordinarias: de aquí en unos, esa fiebre de lucro inmediato que ahoga todos los buenos sentimientos y todas las nobles inspiraciones: de aquí en otros, mas osados y mas impacientes todavia, esas grandes *maldades*, pues no merecen otro nombre, que con tanta frecuencia vienen á escandalizar á la sociedad, y que en el lenguaje corriente se llaman apostasias políticas, — disturbios matrimoniales, — quiebras mas ó ménos fraudulentas, etc., etc. Unos venden su conciencia, — otros trafican con su honra, — aquellos roban, no á mano armada, lo cual seria ménos villano aun, sino con abuso de confianza, la hacienda pública ó la privada. En todos estos desórdenes, bien puede asegurarse que la pasión del lujo entra como causa determinante de cada cien casos en los noventa y nueve.

Pero sin remontarnos tan alto, veamos otra consecuencia de esa plaga, y demos por terminado este enojoso asunto: en lo que vamos á decir, y lo creemos exactísimo, si las mujeres tienen la principal culpa, tambien son ellas las que principalmente la pagan. El resultado necesario del excesivo lujo que hoy gastan las mujeres es retraer á los hombres de casarse; el número de las jóvenes condenadas á lo que vulgarmente se llama vestir imágenes es hoy excesivo, en la clase media, y lo será cada día mas. No hay remedio: es de todo punto imposible que un hombre que no sea muy rico ó esté ciego de amor (cosas ambas rarísimas) se decida á cargar con las obligaciones del matrimonio, tales cuales las ha forjado fatalmente la sociedad moderna. Dicen las mujeres que los hombres del día se han vuelto muy interesados, y que al informarse de una soltera nubil nunca preguntan: — ¿Es virtuosa? ¿es linda? ¿tiene talento? Sino: — ¿Es rica? Pero dígame de buena fé; ¿pueden hacer otra cosa? Son tan contadas las mujeres que tienen *virtud* y *talento* bastantes para contentarse con la *hermosura* que Dios les dió sin aspirar locamente á realzarla, ó por mejor decir, á perderla con los aliños de un lujo irracional!...

Las damas tendrán la bondad de perdonarnos si las ofende lo que hemos dicho: tengan por cierto que el mas sincero interés por su bien ha guiado nuestra pluma. Conociendo la poderosísima cuanto legítima influencia que ejercen sobre la sociedad, á la que moral y materialmente dan la vida, á ellas ante todo nos hemos dirigido. Bien se nos alcanza que tambien los hombres se dejan llevar de una vanidad pueril hasta el extremo de convertirse en maricas, empleando en el atavío de sus barbudas y poco graciosas personas casi tanto lujo como ellas mismas: los hay que creen estar muy bonitos cuando se han plantificado una botonadura de perlas ó echádose al bolsillo, no para sonarse, porque no es posible, sino para *lucirlo*, pasándoselo á tiempo por la frente, un pañuelo bordado como por mano de las hadas; pero á lo ménos estos extravíos tienen un objeto loable, — el de agradar á las mujeres. Igual fin se proponen todas las locuras de nuestro sexo. ¿No seria justo que, en debida compensacion, procurasen lo mismo las mujeres? Pues á fé que el medio seguro de conseguirlo seria re-

nunciar á un lujo que evidentemente las afea, ser modestas y muy sencillas en su porte, y fiar sus triunfos no en la habilidad de un peluquero ó de una modista, sino en el irresistible encanto de sus propias perfecciones. Tal vez sería este un gran paso dado para que la sociedad empezase á entrar en caja, recobrando el juicio que parece haber perdido; á lo ménos no es dudoso que con solo eso, el lujo en las personas, cimiento y raíz del lujo en las cosas, llegaría en breve á no pasar de los justos límites en que la razón y el interés público aconsejan que esté encerrado. Haya lujo en buen hora, pero que no sea *tanto ni tanto*, como el que hoy se usa. Lo que las mujeres decidan se hará: los hombres bailan siempre al son que *ellas* les tocan. Los hombres dan la ley á la sociedad, pero las mujeres se la dan á los hombres.

EUGENIO DE OCHOA.

Revista de Paris.

Un acontecimiento de un órden superior absorbe todo el interés de lo ocurrido en la semana última: queremos hablar del nacimiento del príncipe imperial que vino al mundo el domingo 16 á las tres de la mañana. El cañon de los Inválidos y las campanas de todas las iglesias anunciaron en Paris el fausto suceso, que fué comunicado instantáneamente por vía telegráfica á los puntos mas lejanos de la Europa. Paris al despertarse supo la noticia y la celebró espléndidamente. Ya desde la víspera se habian hecho muchos preparativos: los monumentos públicos, las Tullerías, el Eliseo, el Senado, el Cuerpo Legislativo, el Hotel de Villa, el palacio de la Legion de Honor, las torres de la Catedral y de Saint-Jacques, el Panteon, el Palacio de Justicia, los Ministerios, los Liceos, los Teatros tenian todos sus aparatos de iluminacion, y un crecido número de casas particulares en todos los barrios de Paris estaban adornadas con banderas. Sin embargo la lluvia constante de aquel día quitó mucho brillo á la fiesta nocturna. Al día siguiente á las dos de la tarde hubo funciones gratuitas en todos los teatros.

El príncipe imperial fué bautizado el mismo domingo por la mañana despues de la misa en la capilla de las Tullerías, en presencia del Emperador, de toda la corte y de los altos cuerpos del Estado. Pero este fué un bautismo, digámoslo así, provisional, pues el bautismo solemne del príncipe solo tendrá lugar en junio próximo. Su padrino será Pio IX y su madrina la reina de Suecia. Se ignora si el papa vendrá á Paris para esa época ó si se hará representar en la ceremonia por un cardenal enviado expresamente; de todos modos es cosa oficial su patrocinio, y en efecto el augusto niño recibía por la electricidad una hora despues de haber nacido la bendición pontificia.

Con motivo de este nacimiento tan deseado el periódico oficial francés ha venido lleno estos días de gracias y favores; nombramientos de mariscales, cruces grandes y pequeñas de la Legion de Honor, amnistías y sobre todo socorros repartidos entre diferentes sociedades de beneficencia, tal es el resumen de la munificencia imperial en circunstancia tan solemne. Pero lo que ha llamado la atención pública de un modo particular, ha sido el anuncio de que el Emperador será padrino y la Emperatriz madrina de todos los niños legítimos que hayan nacido en Francia el día 16 de marzo; ahora bien, segun las estadísticas, por término medio nacen cada día en Francia sobre 2,500 criaturas. Dícese que los niños llevarán el nombre de Luis-Eugenio y las niñas el de Eugenia-Luisa.

Luego ha habido recepciones oficiales, discursos, felicitaciones, etc., de que dará cuenta el CORREO DE ULTRAMAR cuando estén prontos los dibujos correspondientes.

La Semana-Santa en Paris ofrece escasa materia al cronista. Y no queremos decir que las funciones religiosas no lleven á los templos una muchedumbre de fieles, pero aquí el culto carece de esa solemnidad exterior que tiene en otros países católicos, como verbigracia, la Italia y la España donde la bendición de las palmas, las visitas al Santo Sacramento, las procesiones, etc., mantienen en los pueblos durante toda la semana como una atmósfera religiosa que excluye todo lo profano. Allí todo se interrumpe, todo calla. Pero en Paris no sucede así; se acude á los divinos oficios y se toman por asalto los puestos en la catedral para oír la palabra inspirada del P. Felix, y luego se va á un teatro, á una reunion y sobre todo á un concierto. ¡Oh! los conciertos son el azote de la sociedad parisiense en estos días sagrados. Los hay por la mañana, por la tarde y por la noche; cada artista improvisa el suyo y reparte sin piedad sus billetes á precios nada módicos, destinando á sus mayores amigos las mayores partes. El concierto, que se apodera de Paris desde el principio de la cuaresma, da su golpe de gracia en la Semana-Santa.

Entre esta multitud de conciertos que en globo señalamos, guardándonos muy bien de proceder á su enumeracion que no sabemos cuantas columnas ocuparía en el periódico, debemos una mencion particular al que hubo el Juéves-Santo en el Teatro Italiano. Se ejecutó el *Stabat Mater* de Rossini precedido de *Fede, Speranza y Carita*, tres cantatas del mismo maestro, en cuyas obras oímos á las señoras Penco Borghini-Mamo y Pozzi y á los señores Angelini y Gardoni. Esto es decir que la ejecucion fué muy notable. Gardoni fué ajustado únicamente para esa noche, en atencion á que entre los cuatro ó cinco tenores de la compañía del señor Calzado, ninguno se hallaba en disposicion de presentarse en el *Stabat*. No es la primera vez que esto sucede; anunciada ó dispuesta una funcion, si llega á faltar una parte por cualquier motivo, el señor Calzado la reemplaza. Este nuevo sistema de que ciertamente no se quejará el público parisiense, ha dado por resultado la formacion de una compañía de las mas numerosas que se hayan visto nunca; si no

se cerrara pronto este teatro, los demás de Europa podrian temer el quedarse sin gente en vista de esta concentracion en Paris de artistas italianos.

Tres días de la Semana-Santa, el miécoles, juéves y viérnes, acostumbran los parisienses á dar un paseo por los Campos-Eliseos, donde se dice que se inauguran las modas de la primavera; este año el tiempo no ha permitido otra inauguracion que la de paletós impermeables y paraguas lo cual acaba de abreviar nuestra tarea en la redaccion de la crónica de la semana.

El miécoles último era tambien el día de San José, fiesta muy célebre en todos los países; en Paris no nos atreveriamos á decir que las Josefinas abundan como las Pepitas en España; pero, sin embargo, hay las suficientes para que el día del santo bendito dé ocupacion á muchos galanes. Queremos contar una historia que viene á pelo y la vamos á tomar en su principio, esto es, hace diez años.

Julio de R... uno de los elegantes mas notables de Paris, veia aproximarse la fiesta de San José en 1846 con una alegría extraordinaria. Julio estaba loco por una jóven que acogia perfectamente sus homenajes; esta jóven se llamaba Josefina de X... y la ocasion no podia ser mejor para probarla su tierno afecto con un soberbio regalo. Pero el pretendiente era un mozo como hay tantos, un hombre de esos que todo lo dan al momento presente y que cierran los ojos sobre el porvenir, como si estuvieran bien persuadidos de que el descuido y la indiferencia son el complemento indispensable de la felicidad terrestre. Esto quiere decir que no se ocupaba en manera alguna de sus negocios; habia tomado la costumbre de no echar cuentas sobre lo que gastaba, primero porque se habia creído demasiado rico para sentir la necesidad de andar con órden, y despues porque acordándose de sus prodigalidades temia las revelaciones de los números. Así se abandonaba suavemente á las delicias de una existencia espléndida. De tiempo en tiempo mandaba á su notario que le vendiese una finca, ó á su banquero que liquidase una inscripcion de renta y vivia con el producto de sus capitales que iba realizando locamente. A fines de año solia pedir cantidades considerables para soldar las cuentas que llegan en confusion por ese tiempo. Pero esto no podia durar y lo mismo el notario que el banquero hubieron de notificarle á principios de 1846 que le enviaban su último dinero. Con esta terrible notificacion venian las cuentas todas perfectamente en regla; su ruina estaba consumada completamente.

Julio era un jóven de mucha probidad; principió por pagar sus deudas, y al fin de la operacion halló que no le quedaba un cuarto de su fortuna.

Y todo esto sucedia á principios de marzo; la circunstancia era grave y decisiva, pero él se presentó heroicamente en casa de su pretendida el 19 con un ramo de flores y la dijo:

— Señorita, vengo á excusarme con Vd. en este día solemne.

— ¿Y porqué, amigo mio?

— Estoy perdido; he gastado cuanto tenia y solo puedo ofrecer á Vd...

— ¿Ese ramo de flores?

— Y con él mi persona.

— Siempre bromeando, exclamó la señorita sonriendo.

— Hablo seriamente; ¿quiere Vd. aceptar un esposo como regalo el día de su santo? Como tal me presento.

Esta vez la jóven soltó una carcajada declarando que la chanza era de lo mas original que se habia visto.

Julio repitió que hablaba formalmente; ella lo sabia muy bien, pero queria eludir una proposicion que juzgaba inadmisibile. Si el pretendiente, hombre jóven, amable y elegante como era, hubiera poseído al ménos la mitad de la renta que le suponía, esto es, ocho ó diez mil pesos fuertes, sin duda alguna habria aceptado el regalo, pero un marido pobre no la convenia, y así se lo manifestó claramente.

Muchas jovencitas sensibles habrian hecho otro tanto en los tiempos actuales, y por el pronto todas sus amigas declararon que habia obrado con mucha cordura. El cálculo maldito agosta hoy la flor del sentimiento. Pero Julio por su parte al ofrecerse como regalo se hallaba al abrigo de toda sospecha, no podia acusarse de miras interesadas ni de buscar fortuna en su casamiento, porque Josefina apenas tenia en dote mil pesos de renta. No; nuestro solicitante no era hombre para contentarse con tan poco, y al pretender ese modesto matrimonio alimentaba la esperanza y la firme voluntad de crearse una posicion independiente por su mérito, sus protectores y su energía. Pero muy luego su buena estrella le sacó de apuros.

Por una casualidad digna de señalarse en nuestra época halló otra jóven que no buscaba riquezas en su boda; en posesion de una gran fortuna no tenia la ambicion de aumentarla por ese medio, y pudiendo elegir entre una multitud de pretendientes de todas clases, se enamoró de Julio y le hizo su marido.

Entonces el jóven se felicitó del desden de Josefina; su mujer era millonaria, y él ha sabido aumentar aun esa fortuna mediante algunas especulaciones financieras coronadas con el éxito mas sorprendente.

El primer día de San José que siguió á su matrimonio envió á Josefina una magnífica pulsera encerrada en un estuche sobre el cual se leia lo siguiente:

« A Josefina de X... en testimonio de gratitud por no haber aceptado el regalo que la ofrecí el día 19 de marzo de 1846. »

Así se vengaba cortesmente de la herida que recibiera en su amor propio. Josefina se picó y resolvió volver al instante la pulsera; pero luego pensó que debía acompañarla con una respuesta mordaz que desgraciadamente no le ocurrió en seguida. En efecto, la cosa pedia alguna reflexion, y mientras iba reflexionando miraba y admiraba la joya que era de un gusto exquisito y de mucho valor por las piedras preciosas que en ella resplandecian. En suma,

tanto la gustó que se quedó con ella.

Al año siguiente se renovó el regalo acompañado como el otro del susodicho letrado. Josefina se volvió á encolerizar al recibir aquella expresion de gratitud del hombre que se felicitaba porque no le habia querido por marido. Pero ¿podia devolverle el segundo regalo despues de haberse quedado con el primero? El mal ya estaba hecho; la jóven se resignó embelleciendo su hermosa garganta con un rico collar de perlas.

Desde entonces el 19 de marzo de cada año ve llegar á su casa ese tributo de una gratitud á toda prueba. El regalo es siempre soberbio y lleva invariablemente su letre-río tanto mas amargo cada vez cuanto que el desprecio de Josefina que hizo la felicidad de Julio parece haber labrado su propia desgracia: todos los matrimonios que proyecta la salen frustrados.

El miécoles último llegó el regalo por la décima vez; era un vestido de volantes de encaje, que figuró y llamó la atencion de muchas señoras en la Exposicion Universal de 1855.

Josefina ha dejado de incomodarse con la broma; algunas personas que habian ido á felicitarla este día de San José se hallaban en su casa cuando recibió el vestido, y con la mayor sencillez les explicó la inscripcion irónica que le acompañaba. Así se ha hecho público el lance y le sabemos todos.

MARIANO URRABIETA.

ODA

INÉDITA DE FRAY LUIS DE LEON. (1)

IMITACION DEL PETRARCA.

Mi trabajoso día
Hácia la tarde un tanto declinaba
Y libre ya del grave mal pasado
Las fuerzas recogia,
Cuando, sin entender quien me llamaba,
A la entrada me hallé de un verde prado,
De flores mil sembrado,
Obra do se estremó naturaleza:
El suave olor, la no vista belleza,
Me convidó á poner allí mi asiento.
¡Ay triste! que al momento
La flor quedó marchita
Y mi gozo trocó en pena infinita.

De labor peregrina
Una casa real ví, cual labrada
Ninguna fué jamás por sabio moro:
El muro, plata fina;
De perlas y rubís el ancha entrada;
La torre de marfil, el techo de oro;
Riquísimo tesoro
Por las claras ventanas descubria;
Y dentro una dulcísima armonía
Sonaba que me puso en esperanza
De eterna bienandanza.
Entré, que no debiera,
Hallé por paraíso cárcel fiera.

Cercada de frescura,
Mas clara que el cristal hallé una fuente
En un lugar secreto y deleitoso.
De entre una peña dura
Nacia, y murmurando dulcemente
Con sus aguas tornaba el campo hermoso:
Yo de beber ansioso
Hartéme en su raudal: ¡ay triste, ciego!
Bebí por agua fresca ardiente fuego.
Y por mayor dolor el cristalino
Curso mudó el camino
Y es causa que muriendo
Agora viva en sed y pena ardiendo.

De blanco y colorado
Una paloma, y de oro matizada,
La mas bella y mas blanca que se vido,
Me vino mansa al lado,
Cual una de las dos por quien guiada
La rueda es de la deidad de Guido;
¡Ay! yo, de amor vencido,
En el seno la puse y al instante
En mi pecho lanzó el pico tajante,
Y me robó cruel el alma y vida,
Y luego convertida
En águila caudal, alzó su vuelo;
Quedé merced pidiendo yo en el suelo.

Al fin ví una doncella
Con un semblante real de gracia lleno,
De amor rico tesoro y de hermosura:
Puesto delante de ella
Le ofrecí cariñoso, abierto el seno,
Un corazón y vida con fé pura.
¡Ay cuán poco el bien dura!
Alegre lo tomé y dejó bañada
Mi alma de placer: mas luego airada
De mí se retiró por tal manera
Como si no tuviera
En su poder mi suerte;
¡Ay dura vida! ¡ay penosa muerte!

Canción, estas visiones
Ponen en mí encendida
Ansia de fenecer tan triste, vida.

(1) Esta preciosa oda del dulcísimo Fr. Luis de Leon es copia de un códice que se conserva inédito en la biblioteca colombina de Sevilla.



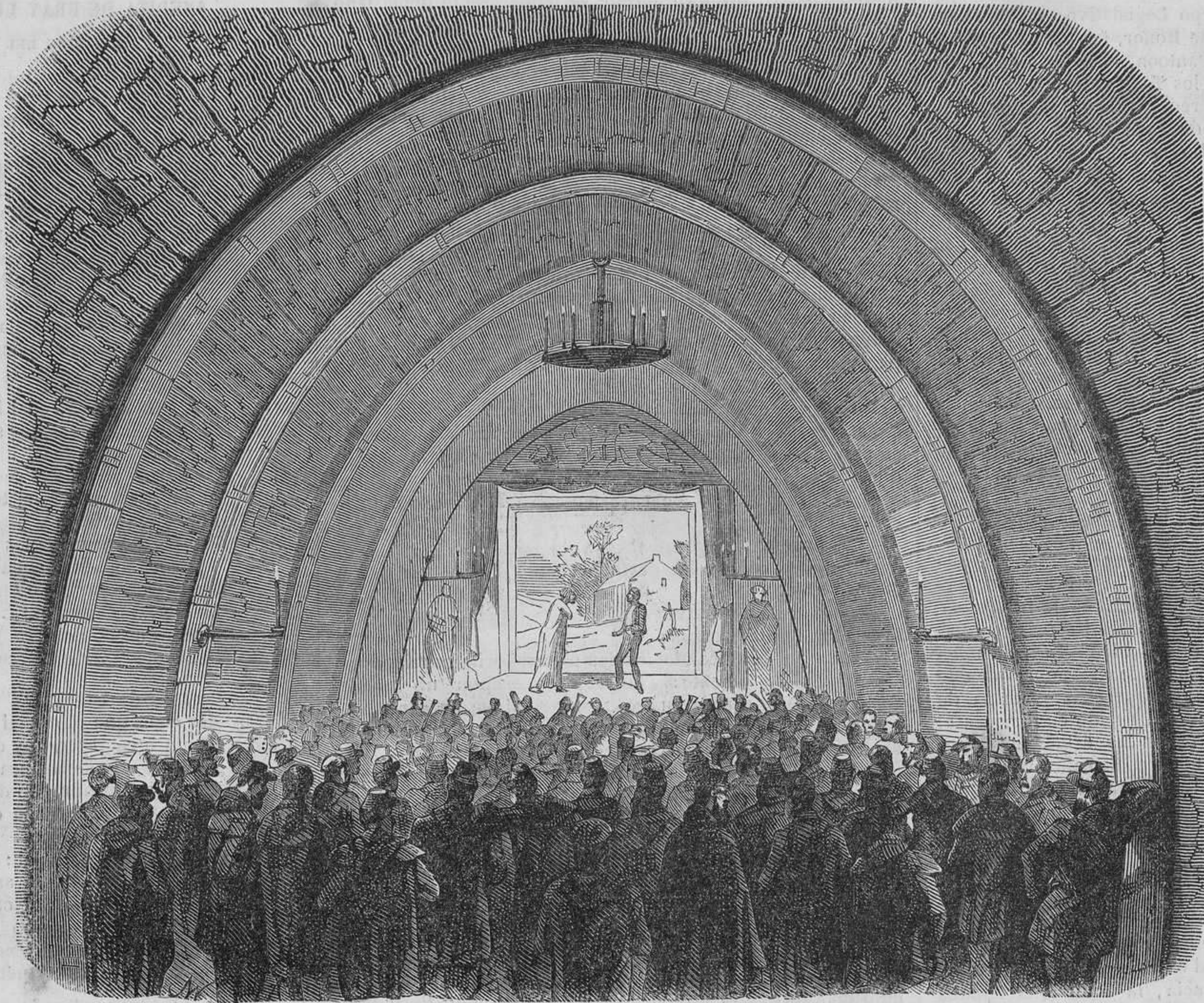
El puesto de los soldados perdidos, en Kinburn.

Kinburn.

De vuelta de Kinburn me apresuro á enviar á Vds. algunos detalles necesarios para completar mis anteriores artículos sobre este punto tan interesante de la guerra de Oriente.

Me han de disimular Vds. que ponga junto al teatro la enfermería; por lo demás, debo decir también que estas oposiciones se hallan en el carácter del soldado francés, alegre en todas partes, que pasa sin transición del combate al descanso y olvida en un instante de placer todas sus penas y todas sus fatigas.

Existe pues, en Kinburn, un teatro que comparado con el que los zuavos tenían en Inkermann es una maravilla. Y es de advertir que este teatro de Kinburn se destruye ó mejor dicho se improvisa todos los domingos por la tarde algunas horas antes de la función bajo la puerta abovedada que constituye la entrada principal del fuerte; el servicio de la plaza se hace durante ese tiempo por las poternas que



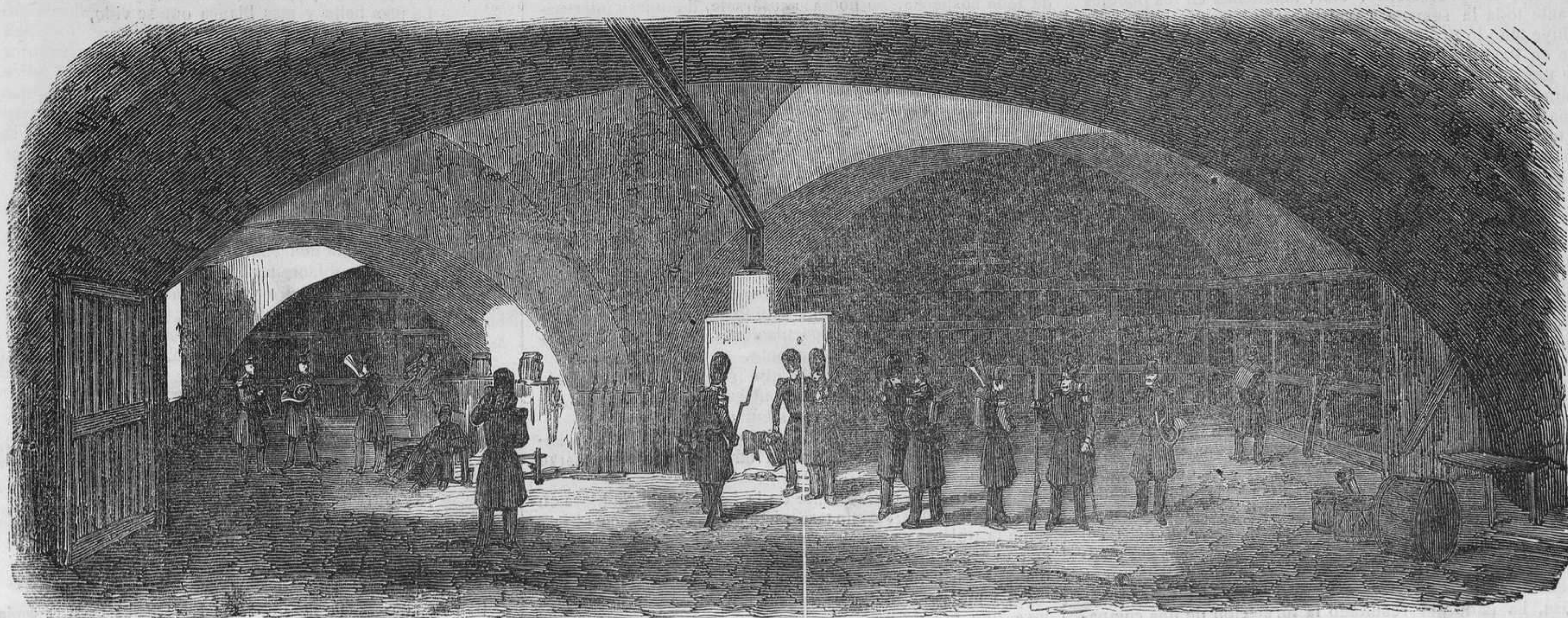
El teatro de Kinburn.

suplen momentáneamente la puerta condenada: la orquesta se llena con la música del regimiento que da la guarnición, y los actores y actrices se reclutan según las necesidades del papel ó del sexo entre los granaderos, los ligeros y los fusileros; á la artillería solo se recurre cuando hace falta algún barba ó algún otro personaje grave.

El teatro se ilumina con algunas velas que se ponen en un palo por las paredes ó se reúnen en forma de araña sobre cuatro tablillas de madera en cruz colgando de la bóveda; inútil será decir que los espectadores están de pie y que la pipa y el cigarro no están prohibidos en ninguna parte.

A nuestra salida los rusos no habían podido aun decidirse á ejecutar el famoso ataque que hace tanto tiempo anunciaban; ahora es ya demasiado tarde, y han dejado pasar el único momento que podía asegurarles algunas probabilidades de un movimiento ofensivo.

El hospitalillo ruso se hallaba perfectamente



Enfermería rusa en una casamata del fuerte de Kinburn.

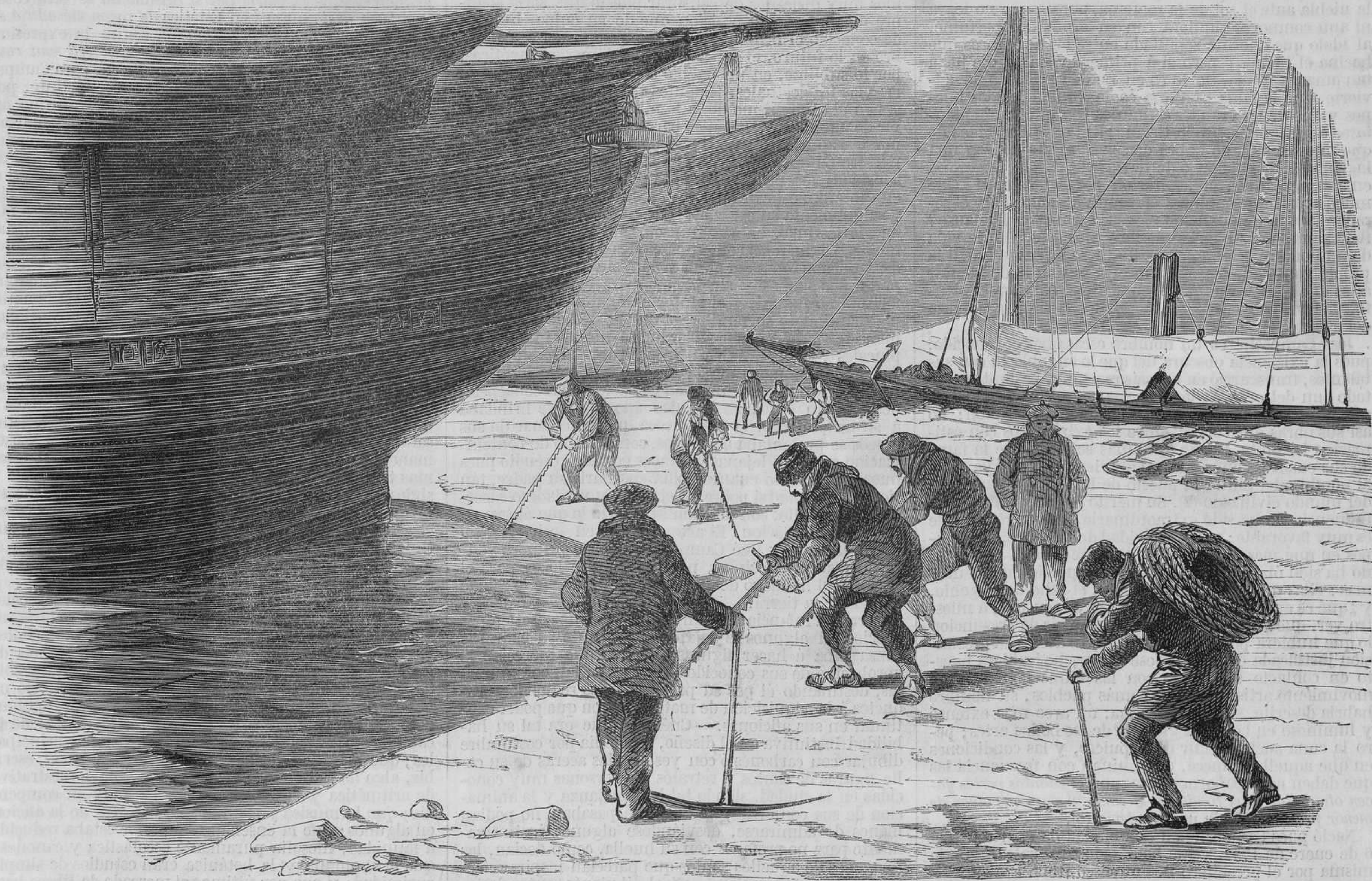
instalado en una de las vastas casamatas del fuerte: los heridos se hallaban colocados en camas sobrepuestas como á bordo de los buques; una estufa muy grande daba un calor suficiente, pero el aire no podía renovarse en buenas condiciones; esta enfermería se halla ocupada en la actualidad por la música y los gastadores del 75 regimiento de línea.

El puesto de los soldados perdidos se halla siempre sostenido por los mismos hombres; no determinaré aquí

su cantidad por una causa fácil de comprender, pero diré sin embargo que los soldados de este puesto peligroso están armados de un número doble de carabinas para que siempre puedan disparar dos tiros antes de verse obligados á cargar de nuevo. Esta vanguardia se halla colocada á unos 900 metros de los puntos mas avanzados de nuestras líneas de defensa, pero á pesar de la distancia, se han tomado todas las medidas convenientes para que esos valerosos soldados no tengan



Cuerpo de guardia de los rusos abandonado en las cercanías de Kinburn.



Marineros serrando los hielos en derredor de los buques de la flota.

que sufrir ningún percance.

La necesidad de serrar los hielos al rededor de los buques principia á desaparecer, con gran satisfacción de los marineros, para quienes era esta una de las tareas diarias mas penosas.

Las avanzadas y las aldeas que los rusos abandonaron en las orillas del Liman y en el istmo de Kinburn tienen un aspecto triste, pacífico y particular de este país.

Dentro de poco tiempo trataré de describir la naturaleza mas rica y grandiosa de Kertch



Aldea rusa á la entrada del istmo de Kinburn.

y de sus cercanías, y hablaré también del museo y de algunos principales de esta ciudad.

D. B.

P. D. Una carta de fecha del 7 trae pormenores sobre el deshielo del Liman del Dnieper. La flota ha corrido muchos peligros, y se ha necesitado toda la habilidad de los oficiales y la sangre fría de los marineros franceses para evitar las graves averías de que se vieron amenazados los buques. — En el próximo número publicaremos dos

magníficos dibujos representando el aspecto del mar en el momento en que se rompieron los hielos; la descripción que acompaña al cuadro es igualmente interesante y pintoresca.

Hombres Ilustres

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

JOSÉ CAMPECHE, PINTOR PUERTO-RIQUEÑO.

El impulso que movió á Plutarco, á Cornelio Népoté y á otros de la antigüedad á escribir las vidas de los varones que lograron hacerse famosos por sus virtudes, desgracias ó crímenes, ha actuado también en los modernos hasta el punto de no darse manos para trazar las de aquellos, cuyas obras ó influencia, han continuado hasta nuestros días la historia de la humanidad. El deseo de medir las verdaderas proporciones de tales colosales ó quizá de reconocer con el escalpelo filosófico el móvil oculto de sus acciones, ó acaso el de presentarlos (idea más plausible aun) como ejemplo de virtudes ó como padron de crímenes, ha concurrido á dar á la forma biográfica la graduación que, en la historia moral de los pueblos, la estaba designada. Háse dicho, sin embargo, que la inmortalidad concedida por los hombres es vano incienso que desaparece ni más ni menos que la niebla ante el sol de la mañana, puesto que no logra ni aun conmover siquiera con su aromático perfume, al ídolo que duerme sepultado entre los escombros que hacina el tiempo; pero si á primera vista parece justa tan amarga queja, no lo es en realidad cuando se advierte, que la fama póstuma es la vanidad de los buenos y uno de los grandes estímulos con que puede alentarse á la virtud sobre la tierra. ¡Es tan grata la idea de que nuestro epitafio habrá de ser humedecido con una lágrima de bendición ó de ternura! ¡Es tan imperiosa en algunas almas la aspiración á la eternidad! ¿Que mucho pues que entonces elevemos al ídolo sobre el sepulcro y tributemos á sus pies las coronas y el aplauso? Reflexiones tales habrían de llevarnos á escribir la vida de un hombre célebre, si ya no fuese bastante móvil la propia voluntad. Sea pues nuestra misión la de alentar á los que sobreviven en la senda difícil del merecimiento, y sirva de excusa á lo inhábil del escritor la nobleza del asunto (1).

José Campeche es un nombre escasamente conocido, pues la existencia obscura del que lo ennobleció con sus talentos, transcurrió en un país reciente y bastante apartado aun del orbe de las ciencias y de las artes, siendo solo conocido por los que habitan su antilla natal; no así sus obras que corren entre los extranjeros con estimación bastante, lo que hace más sensible que la fama de sus cuadros, anónimos en apariencia, no haya dado al nombre del pintor el puesto de ley entre los artistas del mundo civilizado (2). Su mérito es solo relativo y su influencia no ha sido extraordinaria, pero la relación le es muy favorable; y la obscuridad del nombre, en tiempos en que más se atiende al nombre que á las obras, no ha sido óbice á la estimación y aprecio de las últimas: ellas muestran en sí mismas el sello del genio, y ¿qué es en suma lo demás? Mas es de sentirse, á nuestro ver, que haya quedado en la categoría de presunción lo que hubiera podido ser realidad; es decir: la presunción justificada de que, si José Campeche hubiera estado en contacto con su talento con las auras benéficas del movimiento artístico de los demás pueblos, su nombre habría descrito, sin duda alguna, un arco más extenso y luminoso en la esfera gloriosa de las bellas artes; pero la cuna suele decidir del sepulcro, y las condiciones en que aquella se mece, determinan con frecuencia las que deben acompañarnos al segundo: *cuantas perlas yacen olvidadas en el fondo del Océano, al paso que otras de menor precio esmaltan una diadema* (3).

Nació pues Campeche en esta ciudad de Puerto-Rico á 6 de enero de 1752, y fué bautizado en la catedral de la misma por el presbítero D. Francisco Ruiz. Era su legítimo padre un Tomás Campeche natural de esta isla, y su madre, María Jordan, natural de las Canarias; quienes hubieron de su matrimonio dos hijos varones, mayores que José, llamados Miguel é Ignacio, y dos hembras llamadas Lucía y María Loreto. Estas últimas, ocupadas en labores femeniles, solteras hasta la vejez, apacibles en el trato, honradísimas en la conducta y laboriosas con extremo, permanecieron siempre al amparo y expensas de su hermano José.

(1) Nuestro amigo el artista D. Francisco Goyena y O'daly, como individuo del jurado en la Exposición de la Industria y Bellas-Artes de 1854, propuso á la Junta de Fomento de esta isla, que se escribiese la biografía que comenzamos, como premio debido á la memoria del distinguido pintor Puerto-Riqueño. A él se debe pues tan justísimo pensamiento, y por mi parte le soy muy deudor ya por haberme creído capaz de llevarlo á cabo, ya por las noticias preciosas que á sus conocimientos y buen gusto he merecido. Réstame advertir además, por ser notorio, que el recuerdo de Campeche ha subsistido siempre en nuestra Antilla, puesto que en 1841 un digno miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País, D. Nicolás Aguayo, pidió á la misma que se honrase su memoria, como podrá verse en su discurso inserto en el apéndice; así como algún tiempo después nuestro amigo y condiscípulo el licenciado D. José Julian Acosta, tributó en hermosas frases un recuerdo al famoso artista. Véase el Aguinaldo de Puerto-Rico de 1844.

(2) En un Diccionario biográfico extranjero, cuyo autor no se nos acuerda en este instante, hemos visto sin embargo una brevísima reseña de su vida y obras.

(3) Un escritor moderno.

Críbase nuestro pintor en la casa de su nacimiento, propiedad de sus padres, calle de la Cruz número 47, en cuya casa, testigo de sus pensamientos, angustias y embelosos de artista, vivió con sus hermanas hasta la hora de su muerte. Sabido es hasta donde las inclinaciones paternales suelen influir en la suerte de los hombres, trocando á veces y de modo casi violento lo porvenir, y desnaturalizando en extremo las innatas vocaciones; afortunadamente en esta parte, no fué nuestro pintor para su familia un hecho contradictorio, puesto que dado su padre á un oficio que estaba en armonía con la índole de aquel, pudo tan solo aparecer en la morada paterna como continuación, como mejoramiento. Era Tomás Campeche de oficio dorador, adornista y pintor, y si bien poseía dichas cualidades en escala harta pobre, no debe pasar desapercibida esta circunstancia que pudo y debió influir sobremanera en el desarrollo intelectual de su hijo. — Y ¿cuántas luchas é inconvenientes no hubieran surgido en el seno doméstico, á nacer aquel último de un padre extraño al arte que le llamaba como á escogido? Supongámoslo por un instante (como algunos lo han imaginado, vista la humildad de su nacimiento) hijo de un artesano puerto-riqueño de aquella época, que bien hallado con su mecánica profesión, llevase á mal la vocación de su hijo por un arte destituido á sus ojos de todo encanto; de un artesano de aquellos tiempos, que positivo tal vez en sus miras ó abrumado bajo el peso de cierta ignorancia, que estamos muy distantes de censurar puesto que sería siempre más hija de su posición que de su culpa, hubiera desconocido el brillante lauro que podía traer á su nombre en el futuro, el cultivo de artes demasiado exóticas, por lo sublime, en un pueblo atrasadísimo entonces en las vías intelectuales. ¡Cuántos tropiezos, cuántos azares en el seno mismo de la familia que habría de recibir de aquel arte antipático para ella, consideración, fama y riqueza! ¡Cuán infeliz no habría sido después nuestro Campeche si triunfando tal preocupación, viera agostados los primeros y más floridos años de su vida en esfuerzos estériles para su inteligencia y sin atractivo alguno para su corazón! ¡Entonces su existencia, digna de lástima, habría transcurrido condenada á las mudas é ignoradas contemplaciones de la mente, á los derretidos arrobos del alma viuda, sin clave para interpretar sus sueños y sin idioma para expresarlos! Por fortuna no fué así, y el pintor halló al nacer en la propia mansión de su familia, el mecanismo de que había menester para revelar su ardiente númen; había allí pinceles y colores, había un maestro, poco hábil es verdad, pero que mostraba la tendencia bienhechora; un preceptor que harta infeliz en la esfera de las concepciones, era sin embargo el único apoyo que se brindaba á su aislamiento, la única roca que en el mar de sus deseos se presentaba á sus ojos, como punto de contemplación para las lejanas y feraces costas. Aprendió pues nuestro mancebo cuánto podía enseñarle su padre, tan rico en voluntad si pobre en ciencia; y verdadero sacerdote de lo bello, convirtió en santuario lo que antes era tal vez profanación. El arte entraba en quicio, si tal puede decirse, y José Campeche tuvo su primera ventura: ventura decimos, porque siempre lo es para el germen, el hallazgo de una mano benigna que le ayude á quebrar la tierra.

Corría la infancia de Campeche, y en sus pasatiempos y ócios, si algunos le dejaba el taller de su padre, se consagraba á hacer figuras de barro que merecían la aprobación de sus conocidos, quienes solían comprárselas, destinando él por su parte aquellos reducidos productos á la adquisición de materiales con que poder continuar en sus aficiones. — Cuéntase que era tal su habilidad instintiva en el diseño, que tenía por costumbre dibujar con carbones ó con yeso en las aceras de su calle figuras de santos y retratos de personas muy conocidas en la ciudad, siendo tal la semejanza y la animación de sus contornos, que los que pasaban no podían menos de admirarse, desviándose algunos instintivamente para no profanar con su huella, como decían, las imágenes de aquellos santos que parecían inspirar cierto respeto y veneración... ¡Y el dibujante, autor de tales prodigios era tan solo adolescente! Nuestro pintor venía pues al mundo con aquel sentimiento elevado cuya intensidad se desconoce por el mismo que lo lleva en su corazón; traía un alma que rebosaba con el transporte del deseo, recibía impresiones que quería transmitir, y tenía bellezas que revelar á los demás hombres. — Veía sobre su cabeza un cielo que parecía cubrirle con el dosel de la inmensidad, á sus plantas la grandeza de los mares, ante sus ojos la hermosura y fecundidad de los campos, y junto á sí otros seres, semejantes á él, que participaban de aquella inmensidad, de aquella grandeza, y de aquella hermosura y fecundidad, pero que llevaban en sus ojos el fulgor del infinito y en su palabra el eco de una eternidad no tan conocida cuanto amada; sentía entonces en su propio corazón la dulzura de una voz secreta cuyo acento misterioso le decía: « Habla por mí á tus hermanos y manifiéstales mi amor y mi grandeza, háblales con mi palabra ¡oh! ¡alma escogida!... » Y entonces el pintor se mecía en las esferas y su ensueño era sublime como el sueño de Daniel. El alma palpitaba agradecida, pero su creación había menester de la forma material; la palabra sobrehumana había menester de las sílabas del hombre, el ensueño debía encarnarse, por decirlo así; y entonces era cuando buscaba suspirando aquella fórmula que habían hallado los siglos, aquella cifra que hiciera objetiva y sensible á los demás su pensamiento; en resumen, buscaba el arte. En tales momentos contrajo indudablemente la costumbre, no interrumpida hasta la vejez, de salir

al campo en pos de la naturaleza expresiva y lozana, cuanto cabe, bajo el cielo de los trópicos; allí trepando cerros, y buscando en las cimas la mayor proximidad de las esferas y las vistas más dilatadas, inquiría con anhelo aquel bello ideal que es la parte sublime de la creación y que es el fin de las bellas artes. El lápiz trazaba en las hojas de su cartera las flores, las yerbas, los arbustos y los ríos, arrancando á la naturaleza el secreto de las formas y la gracia de las proporciones; anotaba con cifras inteligibles para él, el variado colorido de las nubes, el matiz del iris y el diáfano y casi indefinido tinte de las auroras. Volvía luego á su casa enriquecido con sus bosquejos como el naturalista que regresa de una excursión feliz, y encerrado con sus tesoros se entregaba á las meditaciones y trabajos.

A fuerza de sacrificios había logrado reunir una biblioteca que, á mas de algunas obras didácticas que andaban en boga como las cartas de Mengs y las biografías de Palomino, contenía también otras obras científicas de lo ménos raro y luminoso tal vez en otros países, pero que en el de Campeche tendrían sin duda el carácter de joyas inapreciables. Sea de ello lo que se quiera, es el caso que en los libros adquirió nuestro pintor aquellos primeros conocimientos que pudieron llenar en parte el vacío que dejaba forzosamente en su inteligencia la falta de museos y de escuelas; dándole además la variada y amena cultura que tanto encantaba á sus amigos y relacionados. El pobre artista vivía de reflejos, puesto que la teoría por sí misma no es otra cosa, y el buen gusto que es en Estética la razón elevada á su última potencia, el buen gusto que, según la expresión un tanto exclusiva, del padre de Mengs, era una cosa que solo se aprendía en Roma, no podía ser para Campeche sino la obra de la adivinación y del instinto; por tanto, fuerza es concederle la lucidez del genio que suplía en parte con la índole, lo que solo pueden dar en su totalidad la experiencia y el estudio de las buenas obras. Toda indulgencia sería pues escasa al tratarse de juzgar á aquellos que no han habido otro maestro que el ingenio y la buena voluntad. La naturaleza es sin embargo un libro abierto á la razón del hombre (se nos dirá) y cuyas páginas envuelven la mejor doctrina, máxime cuando solo se trata de imitarla; pero dado el caso, que concedemos, de que algunos hombres tengan el don de leer y traducir sus caracteres ó el de hallar, en una palabra, la idealidad, la última ratio de la naturaleza; existe sin embargo un lenguaje convencional en mucha parte de su esencia, existe un mecanismo, una manera, la materialidad del arte, si nos es dado expresarnos de este modo, que no ha sido fruto de una sola inteligencia y que aparte del barniz de las escuelas obedece á una síntesis, á un criterio universal, mas ó ménos perfecto en lo conocido, pero cuya perfección absoluta se mira como el término de un camino. Y esta manera que murió con Grecia antigua para renacer más tarde, esta manera que tardó siglos en formarse y siglos en renacer, no podía ser columbrada con todo su brillo por quien no veía la luz del sol sino reflejada en el astro pálido de la noche, único faro en mitad de sus tinieblas. Aquel que en tales circunstancias sustenta el paralelo con las glorias de las artes, merece sin duda contarse en el número escaso de los escogidos.

Para dar una idea del estado intelectual de la sociedad en que nació y floreció José Campeche, bastaría saber, que en el año de 1765, época á que nos referimos, tenía toda la isla de Puerto-Rico 44,883 habitantes de los que solo eran libres 39,846, contando la capital solo 3,562 de esta última clase; que en todo el territorio no había más de dos escuelas de primeras letras, teniéndose además como raro los que sabían leer fuera de la capital y la Villa de San German, poblaciones principales; que la instrucción primaria se reducía á leer, escribir, algo de gramática, muy poco y nada demostrativo de aritmética y la doctrina cristiana muy en compendio; que la música y el dibujo no pasaban de la afición en algunos; que la enseñanza superior estaba reducida á latinidad, filosofía puramente escolástica y cánones; que la anatomía y la botánica eran estudios de simple curiosidad; y que por último, el mercado de libros participando del marasmo en que se hallaba el comercio general del país, limitado á una exportación anual de 117,376 pesos y á una importación fraudulenta al par que escasa, hacía que aquellos fuesen de suma carestía y rareza (1). Y con todo, á pesar del estímulo con que podía brindar semejante estado á la juventud, vemos al pintor asistir en sus mocedades á las cátedras superiores y abarcar, lleno de avidez, el poco alimento que podía ofrecerle la instrucción pública, cual cumplía á una inteligencia superior en todo á la esfera en que giraba. Cursaba pues latinidad y filosofía, según los planes y miras de la época en las aulas establecidas en el convento dominico de la ciudad, siendo en ellas, según la expresión del regente de estudios fray Manuel José Peña, y de los RR. PP. de la misma orden fray Antonio y fray Juan Zavala, fray Bernardino Diaz Cervantes y fray Francisco Recio de Leon, uno de los jóvenes que más talento y aplicación mostraban en el estudio. También cursaba anatomía privadamente, como ciencia esencial para el conocimiento y práctica del desnudo en el diseño, cultivando á la par la música, y en especial el oboe, órgano y flauta, ya por pura afición, ya porque había menester tales estudios para llenar la subsistencia. En efecto, vémosle luego suceder á su padre en la plaza de músico de capilla, por cuyo concepto recibió hasta su muerte pagas del Tesoro público.

(1) La mayor parte de estos datos están tomados de una memoria de don Alejandro O'Reilly. — Biblioteca histórica de Puerto-Rico.

Por lo que respecta al arte que le ha dado nombre, habia llegado Campeche á cierta altura bastante á merecer de parte de sus compatriotas alguna fama; fama que era preludio de la que habia de adquirir mas tarde con fundado motivo y que habia de llevar sus admirables obras con grande estima á los países extranjeros. Tenia sin embargo nuestro pintor sobrado entendimiento para tomar al pié de la letra las alabanzas que inspiran la amistad, la comunidad de patria y el extravío del juicio de la multitud, cuando no se halla afianzado por la razon imparcial, y competente. Su dibujo, aunque puro y correcto, era todavía amanerado; faltábale aun la habilidad que mostró mas tarde en la degradacion de las tintas; dábale á conocer tambien su poca espontaneidad y atrevimiento en los pinceles, haciéndole rayar en lo que suele llamarse *relamido*. Y aunque en años posteriores adquirió su pincel mas libertad, aparece con frecuencia un tanto minucioso ó aminiaturado; atribuyendo algunos inteligentes esta circunstancia á la de haberse ejercitado siempre sus facultades en cuadros de menor escala. No quiso ó no pudo dedicarse á los de grandes dimensiones: lo que no deja de ser bastante sensible para nosotros. Ejemplo de esta primera manera de Campeche, es entre otras obras una Virgen de los Dolores que posee D. Juan Gletos y Noa (1). Advertiase sin embargo en las obras del artista, segun la expresion del insigne dibujante D. Juan Fagundo (2), un progreso tal en el diseño, y en las demás facultades que requiere el arte, que revelaba á todas luces un talento prodigioso y una observacion y constancia infatigables. La indecision reinaba empero en sus obras; vagaba su criterio entregado á sí mismo en el proceloso mar de la incertidumbre, efecto de la falta de obras originales y eminentes en que estudiar el camino del acierto; pero brillaba en el horizonte de su vida su segunda ventura, y la luz expirante estaba para recibir nuevo alimento. La desgracia de un hombre se trocaba en fortuna para él; que así mide la racional é inflexible naturaleza de las cosas, el bien y el mal de los humanos.

Habia á la sazón en la corte de España un pintor de Cámara, llamado D. Luis Pared ó Paredes, que habiendo incurrido en la desgracia del monarca reinante Carlos III, de gloriosa memoria para las artes, vino desterrado á esta isla por aquel tiempo (3). Era el tal Paredes, segun se deja ver por el retrato que de su persona nos ha legado y de que hablaremos mas adelante, juzgando fisonómicamente y por lo que hemos oido á algunos que le alcanzaron, hombre de carácter apacible y de buen trato. Oyó sin duda mentar al naciente pintor Puerto-Riqueño ó vió alguna de sus producciones, y solicitándole afanoso, llegó á profesarle una grata y afectuosa amistad, á que hubo de corresponder nuestro Campeche, como quien tiene ante sus ojos un Mesías inesperado; pues presentia ya hasta que punto podrian favorecerle unas relaciones cuyo lazo mas firme era el amor apasionado por el arte.

¡Feliz momento para nuestra isla aquel en que el monarca deportó á estas playas al hombre cuyo consejo, erudicion y gusto ya formado habian de traerle la influencia benigna del progreso! Paredes aparecía como Cimabue en las cercanías de Florencia, percibiendo un pintor en el pastorcillo que trazaba con su cayado en la pradera la imagen de su amigo (4). Precioso encadenamiento, feliz unidad la de la inteligencia, que sola no basta como individuo, y que ayudada mutuamente y como especie podria ilustrar la obra del Altísimo con una nueva creacion! Grecia artística civiliza á Roma, y siente luego marchitarse y morir bajo la planta de los bárbaros, la flor querida de su belleza; algunos años despues Nicolás de Pisa, primer antorcha del renacimiento, esparce en la nueva Italia la semilla que Vitrubio y Besarion su expositor, habian guardado, y desde entonces aparecen las flores de Grecia, mas fragantes aun con la esencia inmortal del cristianismo. Así vemos á Brunelleschi destruyendo la barbarie, á Vinci ilustrando á los Médicis, á Ticiano creando los colores, y por último, despues de muchos esfuerzos aislados é individuales, á Miguel Angel con la osadía, á Rafael con la expresion y á Correggio con las formas y los tintes constituyendo aquella trinidad del arte, que cual síntesis de lo bello, dijo á la inteligencia lo que Dios al océano: «de aquí no pasarás.»

Italia se presentaba cual otra Palestina, puesto que de su seno salia redimido aquel arte que debia extenderse luego por el mundo bajo el apostolado glorioso de otros artistas. Así pues advertimos que solo de entidad en entidad y por una serie de progresiones, ha podido elevarse el edificio limitado cuanto hermoso de las invenciones humanas. ¡Cuánta no debiera ser, concretándonos humildemente al pintor que nos ocupa, su fuerza ins-

tintiva! ¡Cuántos su estudio y observacion para poder formar parte, cuasi sin auxilio extraño de aquella gloriosa pléyade que brilla con recíproca luz en el cielo precioso de la inteligencia! ¡De cuánta valía é importancia no debió ser para el modesto pintor Puerto-Riqueño el auxilio de un celoso lapidario que diese hermosas luces al diamante condenado á la oscuridad!

Ignoramos el tiempo que duró la permanencia de Paredes en esta isla, pero segun la data que llevan al pié algunos cuadros de Campeche, y la tradicion que se conserva entre algunos conocedores, debió ser bastante á influir en el mejoramiento progresivo y notable que se advierte en las obras del Puerto-Riqueño.

Si quisiéramos persuadirnos de la verdad que encierran tales observaciones, no habríamos menester mas que fijar nuestra atencion en algunas de sus últimas pinturas. En ellas veríamos aparecer á José Campeche con un dibujo correctísimo, con mayor atrevimiento en los pinceles, con aquel colorido que le distingue y que tanto se parece al de Correggio, pintor con quien guardaban bastante analogia la modestia y sobriedad de su carácter. Advertiríamos tambien las medias tintas que si bien transparentan azulean un tanto, la hermosura y el pudor de sus vírgenes sobrado parecidas unas á otras, la expresion celestial de las fisonomías, lo sedoso, flotante y aéreo de sus cabelleras, la gracia de las actitudes, la violencia un tanto rebuscada y no siempre feliz de sus escorzos, la exactitud harto minuciosa en los ropajes, la verdad sorprendente de los objetos materiales y accesorios (1) y la demasiada correccion en el diseño. Veríamos sus niños ó ángeles tan preciosos como los de Murillo ó acaso tan encantadores como los de Correggio; hallaríamos en algunas de sus piezas la alegría del Verones (2) el *todo junto* tan recomendado en las artes del diseño, la situacion y composicion de sus grupos y la distribucion en las proporciones, el relieve sorprendente de algunas de sus figuras (3) rareza en él como en todos los que adoptan la costumbre de copiar de la estampa, y por último su habilidad fisonómica en los retratos (4) así como la rapidez con que los ejecutaba (5).

Solia pintar Campeche en maderas del país ó en planchas de cobre con preferencia al lienzo. Preparaba de tal modo sus colores, y usaba sin duda de tan buenos ingredientes para barnizar sus cuadros, que algunos han creído con sobrada ligereza como se creyó de Correggio, que poseia algun procedimiento especial para la confeccion de los colores, que su indole egoísta no le permitió revelar á los demás (6). Verdad es que su firme y valiente colorido parece destinado á sobrevivir al tiempo, pues aunque solo cuentan de vida las tales obras una centuria escasa, tiempo insuficiente para que un cuadro pierda sus matices, la mayor parte de aquellos permanecen hoy como acabados de pintar. ¡Fijeza extraordinaria! Y el vulgo, que observa vanamente tal fenómeno, da en achacarlo á causa empírica y misteriosa.

Habia transcurrido algun tiempo desde la venida de Paredes á esta isla, y ora porque cambiada la situacion palaciega, creyese mas posible su retorno á la península; ora porque se le hiciese mas penoso su destierro comenzó á darse trazas para conseguir su vuelta á España. Fué una de ellas la mas original y que por esta circunstancia debió sin duda influir en el ánimo del monarca, un tanto ménos airado ya contra Paredes. Retratóse con el traje del gíbaro ó campesino de esta isla en el siglo pasado, en la forma siguiente: gran sombrero ó pava de empleita, cinta azul con lazo colgante; camisa ó cota muy holgada con las mangas enrolladas en

(1) En el consistorio de esta ciudad, existe el retrato del Ex gobernador de esta isla D. Ramon de Castro, de un parecido maravilloso, siendo sumamente notable la verdad de sus accesorios, y en especial la del sombrero que lleva en la diestra el personaje, por cuyo trozo vista la imposibilidad de que se le vendiese el cuadro, ofreció hace algun tiempo gruesas sumas un pintor que viajaba.

(2) Véase un san Juan Bautista que posee el señor D. José Sanjust, última manera de Campeche, hermoso colorido, excelente dibujo, franco pincel, tono delicado y sobre todo una alegría tan bien expresada por el pintor como propia en el asunto. Parece que el artista soñaba algunas veces con la magia y hermosura del paraíso. Este cuadro seria además entre otros muchos una muestra de lo que hemos dicho respecto de las cabelleras de Campeche: la del santo parece agitada por el viento.

(3) En una capilla del convento Franciscano de esta ciudad, existe un cuadro de nuestro pintor que representa á la Reina de los ángeles, verdadera reina del cielo por la belleza de su tipo. En este cuadro, colocado por cierto á muy mala luz, se ve á la grandiosa Trinidad del cristianismo, rodeada de ángeles que parecen entonar el bello *hosanna* y bañada por la luz en resplandores. Tiene á sus plantas al sublime fraile postrado y reverente, cuya figura de una expresion bellísima parece trazada en el aire, tal es la suavidad de sus líneas y la ligereza y relieve de sus contornos. Su fisonomía expresa la majestad de la virtud, el pasmo del humilde y el enagenamiento del cristiano. Lástima es ciertamente que este cuadro no sea en todo una muestra del mejor estilo de Campeche, pues es obra, en cuanto á soltura y colorido de su segunda manera.

(4) Notoria es esta circunstancia, y para ello nos remitimos á la multitud de retratos que se conservan en las familias de esta ciudad como tesoros de verdad fisonómica.

(5) Mil anécdotas corren tradicionalmente sobre la rapidez de nuestro artista en la ejecucion de retratos, bastándole á veces la simple y momentánea vista de una persona, para copiarla de memoria y con la mayor identidad.

(6) Olvidando algunos el poder y la gracia del ingenio, han estado siempre dispuestos á formar semejantes juicios, así no debe extrañarse que se hayan descompuesto trozos de pintura del Correggio y del Ticiano para averiguar el secreto de su colorido, pero los resultados han sido en todas ocasiones mas curiosos que útiles. Véase *Histoire de la Peinture en Italie*, par John Coindet.

el brazo; ancho calzon de lo que solian llamar *carandoli*, y desnudo de pié y pierna; en la mano diestra un garrote descansando en el hombro cuyo extremo posterior sostenia un racimo de gordos plátanos y en la izquierda el machete de uso y de costumbre (1).

Envío Paredes semejante retrato al rey con la súplica competente en que refiriéndose á la pintura, hacia mérito de la situacion á que habia llegado por su desgracia. Tal ocurrencia hubo de surtir efecto puesto que á poco recibió Paredes el benéfico despacho de amnistía.

Vuelto el pintor á España no se olvidó de su amigo dando noticias al rey de su mérito y circunstancias y aun, como se presume, poniéndole de manifiesto alguna muestra de su habilidad. Justo apreciador el monarca del talento y virtudes de su vasallo, llamóle á la corte prometiéndole hacerle pintor de su real cámara; pero Campeche lleno de gratitud, rehusó sin embargo una merced que tantos otros habrian aceptado. Ya por aquel tiempo varios extranjeros en distintas ocasiones, y entre otros cierto caballero inglés de harta valía en su país, pero cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros, sabedor del mérito del pintor Puerto-Riqueño por haber visto algunas de sus pinturas, entre ellas varios retratos de amigos suyos, le invitó desde Londres por conducto de D. Jaime O'Daly vecino de esta ciudad, ofreciéndole con toda seguridad una pension anual de 1,000 guineas (2), y dejándole tiempo libre para consagrarse á sus obras é inspiraciones particulares; pero tanto en esta ocasion como en las demás negó su asentimiento á las proposiciones que hubiesen de ponerle en el caso de dejar á Puerto-Rico. Ya fuera excesiva modestia ó exagerado amor á su país natal, ya temor de cruzar los mares (3) ó lo que es mas creible el deseo de no apartarse de sus hermanas que vivian á su calor y amparo; es lo cierto que Campeche mostró en todas las épocas gran repugnancia en abandonar el país de sus primeras impresiones y que la vida sedentaria que hasta entonces habia llevado tuvo siempre grandes atractivos para su alma. Sistema incomprendible en un hombre de su temple y ardimiento, modestia mas incomprendible aun en el artista que lleva en su corazón (por la razon de su existencia) la avidez de las emociones, y en quien no debe extrañarse el anhelo de visitar los lugares en que el arte descuella, y ensanchar por este medio los límites de su gloria.

ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

(Se continuará.)

Los diplomáticos del Congreso de Paris.

PLENIPOTENCIARIOS FRANCESES.

EL CONDE WALEWSKI.

Alejandro-Florian-José Colonna, conde Walewski, nació en el castillo de Walewice el 4 de mayo de 1810. Su madre era polaca; desde su primera juventud manifestó una viva curiosidad de espíritu. A la edad de 19 años ya negociaba en Londres por los intereses de la Polonia con los hombres de Estado mas eminentes de la Inglaterra que quedaron amigos suyos. Bien que muy ligado con el duque de Orleans, no quiso esperar en tiempo de paz en una guarnicion las condiciones exigidas para los ascensos, y dió su dimision de capitán en el 4.º regimiento de húsares, entrando en la vida política por los periódicos. Desde entonces se halló siempre mas ó ménos mezclado en los sucesos contemporáneos.

El conde Colonna Walewski ha estado en el origen de la querrela que motivó la guerra y no ha cesado de estar mezclado en ella, ya como embajador de Francia en Londres, ya como ministro de Negocios extranjeros en Paris; ha seguido todas las fases de este conflicto, ha trabajado en todos los incidentes, conoce todos los detalles de la cuestion, y tendrá mucha facilidad para dirigir y reasumir las discusiones, y para fijar, precisándolos, los puntos sujetos á la deliberacion. M. Walewski posee cualidades que le hacen particularmente propio para las funciones de una asamblea poco numerosa y compuesta de personas escogidas. Es un hombre de mundo, de mucha distincion, dotado de un carácter muy conciliador, y que tiene un lenguaje siempre benévolo y escogido. Con él no es de temer que el calor de las discusiones traspase los límites que autorizan la pasion de la justicia y un legítimo ardor de celo patriótico.

Aunque joven, el conde Walewski es ya antiguo en la diplomacia: hace veinte y cinco años que representaba como hemos dicho en Paris y en Londres al gobierno provisional de Polonia, sublevada contra la dominacion rusa: en 1840 desempeñaba cerca de Mehemet-Ali, bajá de Egipto, una comision que le habia confiado M. Thiers, ministro de Negocios extranjeros y presidente del Consejo de ministros del rey Luis Felipe; posterior-

(1) De este retrato existe una copia hecha por el mismo Paredes en poder del señor Latimer, cónsul de los Estados Unidos en esta isla. Tiene la fecha en números romanos por desgracia casi borrados. Su dibujo es bello y sobresaliente y su colorido como de escuela italiana.

(2) 5,145 pesos macuquinos. Conviene advertir que en aquel tiempo no se habia desarrollado aun en los ingleses la fama que gozan hoy tan justamente de pagar con profusion á los artistas.

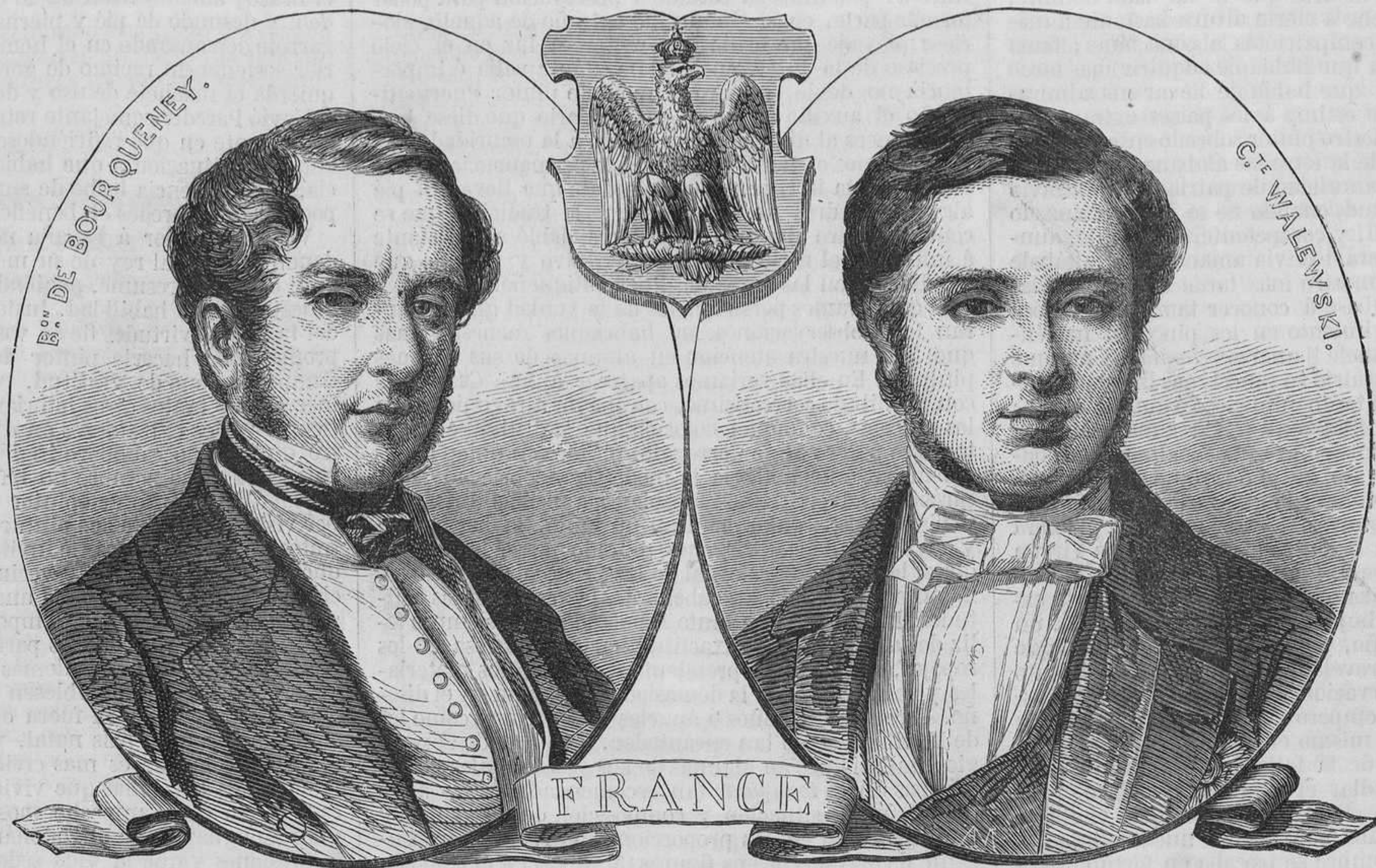
(3) Un viaje en aquella época era todavía un rasgo de auidacia para el cual habia que prepararse con la confesion y el testamento.

mente, M. Guizot le envió con otra comision á las provincias de la Plata; en 1849 era ministro plenipotenciario de Francia cerca de la corte de Toscana; el año siguiente el gobierno francés encargaba á M. Walewski que le representara con la misma cualidad en Nápoles, donde permaneció hasta 1852, en que fué nombrado embajador cerca de la reina de la Gran-Bretaña. Hoy es senador y ministro de Negocios extranjeros de Francia y en este último concepto preside las conferencias del Congreso.

El origen del conde Walewski es muy ilustre, lo cual siempre es una gran ventaja en una reunion diplomática; descende de una rama de la familia italiana de los Colonna que ha dado á la Iglesia un papa y algunos cardenales, ha proporcionado generales célebres y negociadores hábiles á la corte de Roma, á los reyes de Francia y de España. En 1507, el gran condestable del rey Fernando el Católico era un Colonna.

EL BARON DE BOURQUENEY.

Lo mismo que el conde Walewski, el baron de Bourqueney entró en la diplomacia por la puerta del periodismo; vió nacer el conflicto que ha turbado la paz de la Europa y se ha ocupado de él continuamente. Desde principios del año 1853, está llenando en Viena las funciones de embajador extraordinario y ministro plenipotenciario del gobierno francés; con este título tomó parte en los trabajos de las conferencias de Viena, y sus opiniones tuvieron en ellas una autoridad que nadie rechazó, porque estaba fundada en una conviccion muy honrosa y en el profundo conocimiento de todo lo relativo al imperio turco. M. de Bourqueney era primer secretario de la embajada de Francia en Londres en 1840, cuando se firmó el famoso tratado de 15 de julio, que parecia ser el indicio de una nueva coalicion de la Europa contra la Francia, y estuvo encargado de los negocios durante la larga y difícil negociacion que preparó el tratado reparador del 13 de



julio de 1841. En el curso de esta negociacion, M. de Bourqueney secundó hábilmente la política de Francia que dirigia entonces M. Guizot, ministro de Negocios extranjeros. Por estos servicios se le recompensó nombrándosele ministro en Constantinopla, en donde el rey Luis Felipe le nombró mas tarde su embajador. M. de Bourqueney es uno de los veteranos del cuerpo diplomático francés; y á pesar de algunas interrupciones cuenta mas de treinta años de servicio. Este diplomático es uno de los pocos que conservan las grandes y nobles tradiciones de la antigua escuela francesa fundada por Enrique IV y Luis XIV, por Richelieu y Mazarino. M. de Bourqueney sabe mucho porque ha estudiado y practicado mucho; y su talento grave y sólido aumenta sin cesar sus conocimientos con sus propias meditaciones.

PLENIPOTENCIARIOS

AUSTRIACOS.

EL CONDE BUOL-SCHAUNSTEIN.

El conde Buol, Carlos-Fernando, nació el 17 de mayo de 1797; á los 19 años entró en la carrera diplomática bajo los auspicios de su padre, presidente de la Dieta germánica, y fué sucesivamente agregado á las legaciones de Florencia, de Hannover, Cassel y Francfort. Despues de haber sido secretario de embajada en La Haya estuvo en Paris en la misma calidad de 1822 á 1824 y por fin en Londres de donde pasó en 1828 á Carlsruhe como representante del gabinete de Viena. En 1831 fué de enviado extraordinario á la corte de Darmstadt, y en 1838 representó al Austria en Stuttgart. Iguales funciones diplomáticas llenaba en Parma y en Turin cuando la explosion de 1848. El concurso prestado en esa época á los insurrectos milaneses por el gobierno sardo le determinó á volver á Alemania, y entonces fué llamado por el príncipe de Schwarzenberg para dirigir la embajada de S. Petersburgo. En 1851, el conde Buol que habia desplegado por todas partes una rara habilidad di-

plomática fué acreditado como ministro cerca del gabinete de Londres, y designado por el príncipe Schwarzenberg moribundo, á la confianza de emperador Francisco-José, sucedió á este hombre de Estado en la dirección de los asuntos del Imperio.

EL BARON DE HUBNER.

El baron Alejandro de Hubner nació en Viena el 26 de noviembre de 1811. Estudió en la Universidad de su ciudad natal y en 1833 entró en la cancillería del Estado. Del gabinete del príncipe Metternich pasó en 1837 á la embajada austriaca en París, de donde se fué de nuevo con el príncipe. Despues de haber sido secretario de la legacion de Portugal en 1841, fué á representar á su gobierno cerca de la corte de Anhalt, y posteriormente desempeñó el consulado general de Leipzig. En 1848 de la correspondencia diplomática del virey del reino lombardo-veneto, estuvo preso algunos meses entre los insurrectos milaneses. Cuando las revueltas de Viena el baron de Hubner que habia permanecido fiel á la causa imperial, fué encargado por el príncipe de Schwarzenberg, de dirigir la correspondencia extranjera. En 1849 vino en mision extraordinaria á Paris, y luego fué nombrado ministro plenipotenciario en la misma residencia despues del 2 de diciembre. Este diplomático se halla muy versado en el conocimiento de los negocios.

PLENIPOTENCIARIOS INGLESES.

LORD CLARENDON.

Jorge-William-Federico Villiers, conde de Clarendon, nació el 12 de enero de 1800. Estudió en Cambridge y en seguida entró en la diplomacia. En 1833 representaba su gobierno en Madrid, donde ejerció toda su influencia para hacer triunfar las ideas constitucionales. A la muerte de su tío, ocurrida el 22 de marzo de 1838 volvió á Inglaterra donde entró en la Cámara Alta con el título de conde de Clarendon. Cuando la formación del ministerio Melbourne, el conde de Clarendon fué nombrado ministro del



sello privado y canceller del ducado de Lancastre. Se retiró al mismo tiempo que el ministerio de que formaba parte, y cuando sus amigos políticos volvieron á los negocios en 1847, fué encargado de la administración de la Irlanda. Las revueltas de que ese país era teatro, y despues el rechazo de los sucesos de 1848 en Francia, obligaron á lord Clarendon á pedir poderes mas extensos. Autorizado para suspender el *Habeas corpus*, aplicó el 31 de julio de ese año esa suspensión á quince condados. Lord Clarendon no fué ménos severo con los orangistas, lo que le valió la animosidad de los toris. En febrero de 1852 fué reemplazado en Irlanda por el conde de Eglinton. En 1853 entró en el gabinete formado por lord Russell. Nombrado ministro de Negocios extranjeros ha debido seguir naturalmente todas las complicaciones de la cuestion oriental.

LORD COWLEY.

Enrique-Ricardo-Carlos Wellesley, lord Cowley, hijo primogénito del antiguo embajador de la Gran-Bretaña en Paris en tiempo del ministerio Peel (1841), nació el 17 de julio de 1804. Entró joven en la carrera que recorrió con distincion su padre. Agregado en un principio á la embajada de Viena, llenó largo tiempo las funciones de secretario de legacion en Stuttgart. En 1843 pasó en igual calidad á la de Constantinopla, donde durante un año suplió á lord Stratford Canning entónces ausente, con una habilidad que llamó la atencion de su gobierno. De vuelta en Inglaterra para entrar en la Cámara de los Lores, iba á ser encargado de la embajada de Suiza, cuando los sucesos de 1848 hicieron que se le diese otro destino. Enviado á Francfort para representar á su gobierno cerca del poder central alemán, tomó una parte activa en las negociaciones que se seguian entónces. Despues de la disolucion de la asamblea nacional alemana y el restablecimiento de la Dieta de Francfort, siguió en esa ciudad, y en 1851 cuando las potencias llegaron á reconocer la Dieta, fué acreditado cerca de ella. El acto importante de esa época



de su carrera diplomática es su protesta contra la accecion del Austria á la Confederacion germánica con todos sus Estados. Como la política de su gobierno en lo concerniente á los refugiados extranjerós hizo mas difícil aun la posicion de lord Cowley en Alemania, volvió á Inglaterra en 1831, y en el año siguiente fué llamado á reemplazar á lord Normanby en la embajada de Paris.

PLENIPOTENCIARIOS RUSOS.

EL CONDE ALEJO ORLOFF.

El conde Alejo Orloff, ú Orlow, segun la pronunciacion rusa, nació en 1787. Pertenece á una familia cuyos miembros todos han desempeñado un papel importante en la historia de su país. El conde Alejo Orloff entró muy jóven en la carrera militar, y se distinguió en las guerras contra la Francia. Hecha la paz fué nombrado ayudante del príncipe Constantino y luego comandante de un regimiento de la guardia.

Cuando en los tumultos de 1825 resonaron en S. Petersburgo, los gritos de «¡Muera Nicolás! ¡viva Constantino!» Orloff corrió con su regimiento á proteger al czar, y colocándose enfrente del palacio lanzó su caballería contra los insurrectos diezmadados ya por la artillería, y consumó su derrota. Este servicio le valió la entera confianza del emperador Nicolás. Nombrado general hizo la campaña de 1828-29 contra los turcos, y despues negoció ó dispuso el tratado de Andrinópolis. Cuando la sublevacion de la Polonia fué enviado en junio de 1831 al cuartel general del feld-mariscal Diebitsch para estudiar allí las disposiciones del ejército. En 1832 el conde de Orloff asistió á las conferencias de Lóndres donde abogó sin éxito por la causa del rey de Holanda.

En 1833 en el instante en que el vencedor de Koniah queria imponer sus leyes al Sultán, el diplomático ruso corrió y concluyó un tratado favorable para su gobierno, el de Unkiar-Skelessi en cuya virtud quedaban cerrados el Bósforo y los Dardanelos para todo buque de guerra de todas las naciones, excepto la Rusia. En recompensa el negociador fué nombrado general de caballería y miembro del consejo de Estado. En la aurora de los acontecimientos cuya solucion está confiada al Congreso, el conde Orloff fué encargado de llevar á Viena el pensamiento de su soberano. Recibido en audiencia particular por el emperador Francisco-José, no obtuvo sin embargo el concurso activo del Austria, y tampoco fué mas dichoso en la proposicion de una liga de neutralidad entre el Austria, la Prusia y la Confederacion germánica. Regresó pues á Rusia mientras el baron de Brunnow salía de Lóndres. El conde Orloff es un hombre de una experiencia consumada en los negocios.

EL BARON DE BRUNNOW.

El baron Felipe de Brunnnow, nacido en Dresde el 31 de agosto de 1797 recibió en Leipzig una educacion muy alemana. En 1818 cuando el congreso de Aquisgran entró al servicio de la Rusia, y ayudó al consejero de Estado Stourdzá, su protector, en la redaccion de un proyecto de código civil destinado á la Bessarabia. Asistió á los congresos de Troppau y de Laybach, fué secretario de la embajada de Lóndres, tomó parte en el congreso de Verona y despues llenó varios empleos administrativos en S. Petersburgo. Luego siguió al gobernador de Odesa conde Woronzow, y combatió en 1828 y 29 contra los turcos. Despues de haber sido redactor en el ministerio de Negocios extranjerós, con Nesselrode, representó á su gobierno cerca de las córtes de Stuttgart y de Hesse-Darmstadt en 1839. Cuando el rompimiento entre Mahmud y Mehemet-Alí, el baron de Brunnnow fué enviado á Lóndres donde despues de algunas alternativas de descalabros y de triunfos, logró hacer concluir el tratado del 15 de julio de 1840 que asoció la Inglaterra á la política rusa y rompió su alianza con la Francia. En 1849 otro triunfo del diplomático moscovita; logró concluir un tratado de comercio entre su gobierno y el gabinete de S. James. Al cabo de 14 años de residencia en Lóndres, el baron de Brunnnow sorprendido por los sucesos de 1853-54, debió romper los hábitos de su larga carrera diplomática cerca de una misma córte; el 3 de mayo de 1854 salió de Lóndres. Es hombre sumamente versado en las cuestiones diplomáticas.

PLENIPOTENCIARIOS PIAMONTESSES.

EL CONDE DE CAVOUR.

Camilo, conde de Cavour, nació en Turin el 14 de julio de 1809. Su padre fué creado conde por el rey Carlos-Alberto. Iniciado desde su juventud en las cuestiones económicas, Camilo Cavour fundó en Turin con Balbo el periódico titulado el *Risorgimento* donde trató con brillo la parte relativa á la economía política, declarándose por el libre tráfico. Elegido diputado en 1849 el conde de Cavour figuró entre los miembros de la oposicion moderada de la que se hizo jefe por su palabra y sus conocimientos. El rey le llamó primero al ministerio del Comercio y luego al de Hacienda. Sus doctrinas económicas hallaron naturalmente mucha oposicion y debieron fracasar en un principio; sin embargo, el conde restableció el orden en la hacienda. En 1852 dió su dimision á causa de un disentiimiento con sus compañeros de Azeglio y de Foresta, pero volvió á tomar la cartera por el apoyo de la mayoría de la cámara y reemplazó al Sr. de Azeglio en la presidencia del consejo.

En el interior el conde de Cavour aplica actualmente su sistema de libertad económica y nada manifiesta que ese sistema sea contrario á la prosperidad del país. — En el exterior, el ministro sardo estuvo desde un principio por la política de las potencias aliadas, y trabajó por hacer entrar al Piamonte en la alianza occidental.

EL MARQUÉS DE VILLAMARINA.

Este diplomático cuyo padre era ministro de la Guerra en tiempo de Carlos-Alberto, sirvió primeramente como oficial y era ya coronel cuando Carlos-Alberto le encargó una mision en Florencia. El Sr. de Villamarina salió con lucimiento del encargo y mereció el título de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario cerca de la misma córte, cargo del que fué investido luego despues de la conclusion de la paz. A fin de 1852 fué enviado á Paris en la misma calidad. Goza de muy grande consideracion en el cuerpo diplomático, consideracion que ha merecido por su habilidad y su destreza.

PLENIPOTENCIARIOS TURCOS.

AALI-BAJÁ.

Despues de haber sido ya una vez gran visir, Aali-bajá fué nombrado ministro de Negocios extranjerós en 1854. A él se dirigió el 7 de setiembre del mismo año el hatt-cherif destinado á completar la obra de reforma comenzada por el acto memorable de Gulhané (1839). En junio de 1855 reemplazó en el alto puesto de visir á Rechid-bajá, entónces en embajada extraordinaria en las conferencias de Viena. Aali-bajá es uno de los hombres mas ilustrados de la Turquía, y posee en un grado elevado el sentimiento de las necesidades del país que se halla encargado de gobernar.

MEHEMMED-DJEMIL-BEY.

Mehemmed-Djemil-bey, llamado al congreso de Paris con Aali-bajá, ha figurado ménos que el visir ó que Rechid-bajá en los sucesos que en estos últimos años han trastornado tan profundamente el Imperio Otomano. Pero se cuenta en el número de los hombres ilustrados que conocen que la reforma de los abusos, la regeneracion progresiva pero fundamental de la Turquía, pueden solas mantenerla en el rango de las potencias europeas. Mehemmed-Djemil-bey representa hoy el Divan en Paris.

V. R.

VALERIANO.

(Continuacion.)

Confieso que una horrible tentacion se apoderó de mí en aquel instante; tuve ideas de revelarlo todo y de constituir al padre en juez entre su hija y yo; pero al punto reflexioné que esto seria una crueldad inútil. El baron nunca habria consentido en darme la mano de su hija, y aun cuando lo hubiera hecho, yo no habria consentido en dar á semejante mujer el sagrado nombre de esposa. Solo habria conseguido llenar de amargura los últimos dias de aquel anciano mostrándole el oprobio sentado en su casa y la infamia inoculada en su sangre. Encerré, pues, mi cólera en lo mas recóndito de mi corazon, y me alejaba en silencio cuando los lacayos llegaron en tumulto y me cerraron el paso.

— ¡Arrojad á ese hombre fuera de casa! gritó el baron con una voz furiosa.

Los lacayos se adelantaron hácia mí en actitud insolente.

— Que nadie me toque, exclamé, yo saldré solo.

Los lacayos se detuvieron cortados.

—Fuera, fuera ese hombre, gritaba el baron pateando.

Esta vez los lacayos se arrojaron sobre mí, y en vano quise resistir, pues vencido por el número, tuve que entregarme. Me levantaron y me llevaron rápidamente. En el momento en que me sacaban por la puerta del cuarto, oí que Agata decia con una voz suave:

— No le hagais daño ninguno; la muerte de su madre le ha hecho perder el juicio.

Me arrojaron efectivamente á la calle y ví que se cerraban para siempre detrás de mí las puertas de aquella casa donde habia entrado tantas veces en calidad de amante afortunado.

Inútil es, mi querido Valeriano, que trate de pintaros mi desesperacion, mi rabia. Estuve para perder la cabeza; los proyectos mas extraños, las resoluciones mas insensatas ocuparon largo tiempo mi pensamiento. Mucho le debo á Dios porque me hizo escapar al suicidio. Por último mis pesares, no mas ligeros sino mas soscados, me hicieron ver; laro en mi destino. Habia perdido mi madre con mi fé en el amor, dos cosas que nunca se reemplazan. Mi ambicion se habia disipado con mis afecciones por las heridas de mi corazon; ya nada llamaba mi atencion en el mundo para mí, y resolví consagrar al alivio de mis semejantes una vida que no podia traermé ninguna felicidad: entónces me hice sacerdote.

Y esa es mi historia.

IV.

— Mucho habeis padecido, padre mio, dijo Valeriano al cabo de un instante de silencio, y contemplando al sacerdote con una ternura respetuosa.

— Si, mucho, respondió este, y mucho padezco todavía; padeceré siempre; las penas pueden calmarse, pero no los remordimientos. El recuerdo de mi madre vive perenne en mi pensamiento: por la noche su fantasma viene á sentarse á mi cabecera y fija en mi sueño miradas desoladas; de dia oigo su voz lastimera que se eleva en medio de las olas y me llama gimiendo... ¡Ah! todas mis fuerzas necesito para resistir al vértigo que me lanza hácia el abismo.

— Pero aunque soy un niño, le dijo el jóven tomándole la mano, me permitiréis os diga que exagerais vuestra falta, y que llamais un crimen lo que es solo una flaqueza. Habeis sido mas desgraciado que culpable.

— No, no, exclamó el abate Pascal, retirando su mano vivamente; es cobardía transigir con la conciencia; nada de palabras engañosas para cubrir las malas acciones. Solo siendo justos con nosotros mismos podrémos merecer la misericordia de Dios. Si mi madre ha muerto en el dolor, en el abandono, en la miseria, ha sido por mi culpa, solo por mi culpa.

Y al hablar así se pegaba en el pecho con violencia. Parecia que lo habia olvidado todo en la exaltacion de su arrepentimiento. En breve, sin embargo, se calmó y volviéndose hácia Valeriano le dijo:

— Pero ahora no se trata de mí, y si he contado mi dolorosa historia ha sido para instruiros, para salvaros. Ahora que la conoceis, ahora que sabeis adonde conducen los amores ilícitos aprovechaos de mi ejemplo. Compadeceos de vos mismo como de mí, y renunciad á esa loca pasion que os perderia, como la mia me ha perdido.

Valeriano no respondió; vuelto al sentimiento de su estado propio, sentia que se despertaba en él toda su agitacion interior. Comprendia muy bien la autoridad que daba al abate Pascal su experiencia personal, y sin embargo, no queria obedecerle. Para disimular su resistencia buscó una escapatoria.

— Sí, sí, exclamó como si no hubiese oido las palabras del sacerdote, y como si se hallase todavía bajo la impresion que le habia producido su historia, muy desgraciado habeis sido; el encuentro fué terrible para vos; esa mujer era un monstruo.

— No, respondió con una sonrisa melancólica el sacerdote que adivinaba la idea de Valeriano, no es un monstruo; es por el contrario el tipo de una especie muy comun. El mundo está lleno de esas criaturas entusiasmadas, apasionadas y volubles, alternativamente afectuosas hasta el delirio é indiferentes hasta la crueldad, cuyo amor, en una palabra, se parece á una llama de paja que esparce torrentes de calor y de luz, pero que una vez apagado, no deja nada en pos de sí ni ceniza siquiera. Puesto que es preciso decirlo todo, puesto que es preciso haceros tocar con el dedo la verdad que no quereis ver, es una de esas mujeres parecida á la que habeis hallado, parecida á la que amais.

— ¡Agata, exclamó Valeriano, Agata, una de esas mujeres! No, no, os engañais, no la conoceis.

— ¿No la conozco? repitió el abate con una sonrisa amarga; no he querido decirlo antes, porque no habria consentido en escucharme; pero esa Agata que he amado es la misma que vos amais ahora.

— ¡La misma! repitió el jóven como si no hubiese comprendido lo que acababa de oír, como si hubiese dudado del testimonio de sus oídos.

— Sí, dijo el abate con voz solemne, Agata de Pontis, hoy condesa de Barjols.

Habríase dicho que un rayo habia caído á los piés de Valeriano: inmóvil y silencioso, tan pálido como el mármol, con el ojo fijo y sin mirada, parecia haber perdido el sentimiento de la vida.

Aquella identidad que un hombre mas experimentado habria descubierto desde luego, Valeriano no la habia sospechado un instante.

De repente la sangre le encendió el rostro, y sus pasiones un momento entorpecidas se despertaron todas á la vez. Los celos, la cólera, la desconfianza, el odio, penetraron á un tiempo en su corazon con la furia de una borrasca. Una reaccion terrible se operó en él; acababa de experimentar un dolor atroz y su exasperacion fué igual á su padecimiento.

— Es una calumnia, exclamó lanzando una mirada terrible al sacerdote.

— ¡Valeriano! exclamó este con una voz severa.

Pero el jóven sin dejarle tiempo para continuar repeta fuera de sí:

— ¡Es una calumnia, os digo que es una calumnia!

Y ántes de que el abate Pascal hubiese podido dar un paso para oponerse á su salida, se lanzó fuera de la sala. El abate se precipitó detrás de él llamándole, pero fué en vano. Al llegar á la puerta del presbiterio, vió que corria con rapidez hácia el castillo. Le llamó otra vez, pero el ruido de la voz no hizo mas que apresurar la fuga de Valeriano. Entónces le contempló algun tiempo con tristeza cuando corria, luego volvió á su casa y entró de nuevo en la sala á pasos lentos.

— ¡Corre á su pérdida! exclamó con desesperacion, y solo un milagro puede salvarle ahora: ¡desgraciado jóven, desgraciada familia!

Se paseó algun tiempo en silencio y luego continuó: — No hay remedio; está tan poseído como estuve yo; lo que él acaba de hacer lo habria hecho yo sin duda, y hará lo mismo que yo hice; conozco ese delirio, es

incurable. ¡Dios mío! ¿está escrito que las faltas ajenas no servirán a nadie de escarmiento, que nadie habrá de creer en el abismo sino al hundirse en él? ¿O habréis ordenado, para mi castigo, que la verdad al pasar por mis labios tomase la apariencia de la mentira, y que perdiese todo lo que quiero salvar?

Y al cabo de otra pausa durante la cual se abandonó al curso tumultuoso de sus pensamientos, exclamó:

— ¡Ah! esa mujer, esa mujer, ¿no teme que se me acabe la paciencia?

Y para sustraerse al imperio de sus negras ideas fué á visitar á sus enfermos. Al atravesar la aldea se encontró con el comandante.

— ¿Qué noticias hay? le preguntó este con presteza; ¿habeis visto á Valeriano?

— Todo está perdido, respondió el sacerdote con abatimiento; esa pasión es un delirio.

— ¿Y no hay curación posible?

— Mucho lo temo.

— ¡Diablo! se me figura que desesperais fácilmente; voy á tomar cartas en el negocio, le hablaré.

— No os lo aconsejo; de nada ha servido lo que yo le he dicho.

— Eso consiste en que no entendeis nada en eso; yo estoy muy al corriente y dirigiré al camarada una alocución conforme á la circunstancia, un corto discurso militar. Le diré: — «Hijo mío, á tu edad es bueno que te rias y te diviertas, pero eso de dar penas á la familia, cuidado conmigo. Es como un soldado; cuando tiene licencia puede empujar el codo y echar requiebros, pero cuando toca el tambor se acabó todo, hay que volver á la bandera. El honor es lo primero. — Ya veréis que palabritas gasto para decirle esto.

— Valeriano no quiere escuchar ni la razón, ni la religión, ni el honor; os digo que está loco, comandante. Se ha enfadado conmigo porque le he dicho la verdad, y se enfadará con todos aquellos que quieran mostrarle su demencia. Si llegase á desconfiar de vos como hoy desconfía ya de mí, sería una gran desgracia; nadie conservaría ya sobre él la autoridad de la amistad, nadie tendría el derecho de hacerle oír en tiempo oportuno la voz del deber, y si se llegase á presentar una ocasión favorable, ya no nos quedaría medio ninguno de aprovecharla.

El comandante se rindió á la evidencia de este raciocinio, y renunció, no sin sentimiento, á probar sobre Valeriano todo el poder de su elocuencia.

Entretanto el joven había llegado cerca de la condesa, doblemente agitado por la violencia de sus emociones y por la rapidez de su carrera. Agata adivinó al instante lo que acababa de pasar, pero se guardó muy bien de dejar traslucir nada de sus sospechas, y fingiendo el mayor asombro le preguntó con interés la causa de su turbación.

Valeriano despues de vacilar un instante cedió á sus instancias, y la contó el coloquio que había tenido con el abate Pascal, deteniéndose á cada momento unas veces por el temor de herir á la condesa, otras por el deseo de oír su justificación; pero ella no aparentó ni vergüenza ni cólera, y cuantas veces él se detenía le suplícaba que siguiera.

— ¿Y luego, y luego? preguntaba siempre con impaciencia.

Cuando Valeriano concluyó, le dijo con una mirada escudriñadora:

— ¿Es eso todo?

El joven respondió con una inclinación de cabeza.

— ¿Qué os dije yo? prosiguió la condesa con una sonrisa desdeñosa; ¿no tenía razón para anunciaros que ese sacerdote os hablaría mal de mí? ¿Y dónde estaríamos si no hubieseis cumplido vuestra promesa, si no me hubierais repetido con lealtad sus odiosas palabras!

— No había necesidad del juramento, dijo Valeriano con exaltación; ¿creéis que habría podido oír que os acusaban sin advertiros y sin tomar vuestra defensa?

— ¿Me habeis defendido? preguntó ella con una viva expresión de júbilo.

— ¿Lo dudaría, Agata?

Estas palabras fueron acompañadas de una mirada impregnada de una tierna reconvención; Agata disimulando haberlo visto prosiguió diciendo:

— ¿No creéis, pues, lo que os ha dicho?

— No lo creo.

— De modo que suponeis todo eso una mentira?

— Y se lo he dicho.

— ¿A él?

— En su misma cara.

— ¡Ah! sois un noble joven; ¿cuánto os debo!

Y al decir esto se apoderó de la mano de Valeriano y la inundó de besos y de lágrimas.

— ¡Llorais! exclamó el joven conmovido hasta el fondo de su corazón.

Al mismo tiempo se lanzó á la condesa y levantó vivamente su cabeza que fué á reclinarse sobre el respaldo del sillón donde estaba sentada; sus mejillas estaban inundadas de lágrimas y sus ojos húmedos vueltos al cielo parecían elevar á Dios toda su alma. Valeriano sumergido en una turbación profunda, estrechaba en sus manos la de la condesa y repetía con una voz desolada:

— No lloréis, Agata; ¿porqué llorais?

— Dejadme llorar, le respondió rechazándole suavemente. ¡Pobre niño! ¿vos tan sencillo y tan puro, no sabeis lo que es la confianza, no sabeis cuánto consuela á los corazones afligidos, qué bálsamo tan dulce derrama en sus heridas envenenadas! Dejad, dejad correr éstas lágrimas que se llevan toda la amargura de mis

penas acerbadas, y miradlas con alegría, con orgullo, pues son lágrimas de gratitud, de felicidad y de cariño.

— ¡De cariño! repitió el joven transportado de júbilo.

Y embriagado por una loca ternura cayó á los pies de la condesa y le besaba las rodillas.

En aquel instante se oyó un coche que resonaba como el ruido de un trueno bajo la bóveda del castillo.

— ¿Qué es eso? dijo Agata levantándose apresurada y corriendo á la puerta.

Pero ántes de abrirla echó una mirada á Valeriano y le vió de rodillas.

— Levantaos, le dijo con presteza; alguien viene.

Valeriano obedeció maquinalmente; en el mismo instante llamaron á la puerta.

— Adelante, dijo la condesa con el mayor sosiego.

— Señora, dijo la doncella abriendo la puerta, es el señor conde.

— ¡Mi marido! exclamó la condesa sin poder disimular el asombro que la causaba esta venida.

— ¡Vuestro marido! repitió Valeriano estupefacto.

— Señora, continuó la doncella designando á Valeriano, ¿acompañaré al señorito por la otra escalera?

— ¿Y porqué razón? dijo la condesa con tono desdeñoso; lo que debeis hacer es aseguraros de que no estais en un error anunciándome la llegada del conde, y si en efecto me ha preparado esta agradable sorpresa, le mostraréis cuanto ántes el camino; id pronto.

Cuando la doncella hubo salido, Agata que había recobrado toda su sangre fría, dijo á Valeriano con voz cortada y casi imperiosa:

— Vamos, tranquilizaos, y no os sorprendéis por nada de lo que yo diga ó haga; habeis de mostraros indiferente á todo delante de mi marido...

— Pero...

— Ni una palabra mas, aquí llega.

En efecto entró el conde. A la primera mirada Valeriano reconoció en él, á pesar de la sencillez de su traje de camino y del polvo que le cubría, uno de esos hombres naturalmente elegantes y distinguidos de que el abate Pascal le había hablado.

Aquella superioridad de raza se encontraba realizada en el conde por una hermosura cumplida: era alto, ancho de hombros, fino de talle, flexible como una palmera y admirablemente configurado; una espesa cabellera negra, sedosa y muy rizada coronaba con gracia una fisonomía de rasgos bien marcados, y que resplandecía con sus grandes ojos negros llenos de llama.

Valeriano se quedó deslumbrado.

Había, sin embargo, ciertos detalles que habrían estropeado á los ojos de un observador la perfección casi ideal de aquella noble fisonomía. Así los ojos estaban rodeados de unas ojeras profundas, los labios pálidos, el cutis arrugado; y todo el rostro llevaba el sello de una fatiga incurable y la amenaza de una vejez precoz. Aquella frente de treinta años estaba marcada ya por los rasgos indelebles que dejan en pos de sí los hábitos licenciosos.

Pero Valeriano era demasiado ignorante para notar tales cosas, y lo que habría sido un defecto para un juez mas entendido fué para él un nuevo motivo de admiración. Encontraba en la expresión á la vez abatida y poderosa de aquella cabeza magnífica algo de misterioso y de fatal que le sorprendía, y en la mirada velada de sus ardientes ojos un encanto inexplicable y una fascinación irresistible.

Recordó lo que el abate Pascal acababa de decirle sobre el peligro de las comparaciones, y cayó presa de aquella misma inquietud que tan enérgicamente le había pintado.

El conde se acercó á su mujer con la sonrisa en los labios y la mirada alegre y la besó en la frente; ella recibió esta señal de afecto con mucha serenidad y con aire satisfecho.

Valeriano experimentó el mismo dolor que si un hierro encendido le hubiese atravesado el pecho.

— ¡Qué gozo siento al veros, mi querida Agata! dijo el conde mirando á la condesa con amor... ¡Y cuando pienso que he estado tres semanas lejos de vuestra compañía!... ¡Qué locura la mía, dejaros venir sola, figurarme que podría vivir lejos de vos!... Pero bien castigado estoy por mi necia presunción; París ha sido para mí un desierto desde que salisteis de él... Pero disimuladme, caballero, añadió volviéndose hácia Valeriano á quien saludó graciosamente; disimulad á un pobre marido que al cabo de un mes de ausencia ve delante de sí el objeto de todas sus afecciones.

Valeriano cortado no halló una palabra de respuesta. Agata no había apartado los ojos de su marido en tanto que había estado hablando; habríase dicho que quería leer en su fisonomía el secreto de aquella explosión de ternura, para ella tan inesperada. Cuando hubieron concluido el conde su discurso y la condesa su examen, esta lanzó á Valeriano una mirada de inteligencia que el joven no comprendió, lo que la produjo un movimiento de impaciencia; pero conteniéndose y mostrando con la mano al joven dijo á su marido:

— Mi querido Arturo, os presento á M. Valeriano Dugué, mi salvador. A su valor debo la vida.

El conde pidió á su esposa los pormenores de una aventura que fingió ignorar completamente. La modestia del joven breton no sufrió mucho con la narración de su hazaña delante de un hombre cuya superioridad le daba celos.

Cuando Agata concluyó su historia, el conde se volvió hácia Valeriano y estrechándole la mano cordialmente le dijo:

— Temo, caballero, no poderos probar jamás mi gra-

titud; pero al menos me prometo que desde hoy me contaréis en el número de vuestros buenos amigos.

— Mil gracias, señor conde, respondió friamente el joven cuyo odio instintivo no había podido vencer la encantadora urbanidad de Arturo; es demasiada honra para mí.

En aquel instante entró la señora de Terray que se quedó muy sorprendida, aunque egradablemente, con la llegada de su sobrino. Valeriano se aprovechó de la circunstancia para retirarse, y se despidió ceremoniosamente del conde y de la condesa que le dijo hasta la vista con una familiaridad afectuosa.

Al salir del castillo distinguió de lejos al abate Pascal que volvía de la aldea, y tomó otro camino para no encontrarse con él. Muchas horas estuvo paseándose absorto en los pensamientos contradictorios que el recuerdo de los graves sucesos del día provocaba en su espíritu.

(Se continuará.)

Las razas de caballos en Francia.

Varias de las principales razas francesas tienen, digámoslo así, razas subalternas cuyos individuos exageran algunos de los defectos ó reflejan una parte de las cualidades que distinguen á los individuos de la raza primitiva ó raza-madre. Sin hablar de las infinitas variedades de las razas normandas hallamos perfectamente la aplicación de estos principios en los caballos auvernianos. Estos en efecto, se acercan tanto á los caballos limosinos que podría creerse que los individuos que forman esta raza descienden de ellos por una especie de filiación directa aunque un poco degenerada y fueron cruzados inmediatamente con sangre oriental. Tienen sobre todo las mismas cualidades que los limosinos, pero se diferencian de ellos en la configuración física. El coronel Cardini que los ha estudiado bien dice que tienen de 1 metro 45 á 1 metro 47 cent. de altura, la cabeza mas pequeña y menos fina, las orejas mas cortas, el pecho mas estrecho, en una palabra las formas menos elegantes, pero mas regulares.

Los auvernianos son exclusivamente caballos de silla, pues si los limosinos no sirven para el tiro, menos sirven aquellos todavía. Los caballos auvernianos criados en lugares poco abundantes de pastos, son robustos, sobrios, nerviosos, y se hallan poco sujetos á las enfermedades. Además tienen todo aquello que distingue á las razas de montaña; tienen el pié seguro, suben fácilmente por las rocas y corren sin peligro á los bordes de los precipicios. El caballito de alquiler de los Pirineos, muy conocido de los aficionados á los baños, posee iguales ventajas. Estas cualidades hacen que el caballo auverniano sea precioso para la caza. Si no es tan hermoso, si no tiene las formas tan esbeltas como el *hunter* inglés, en cambio es tan rápido y enérgico como el limosino, y bajo este punto de vista sería muy bueno para la caballería ligera, pero dicen que es demasiado pequeño. A fin de hacerle propio para el ejército le cruzaron con garañones ingleses ó normandos.

La Auvernia produce tres especies ó razas subalternas de caballos; aquí solo nos hemos ocupado de una de ellas, la mas distinguida, la del caballo de silla, propia para la carrera ó la caza y tambien para la caballería ligera.

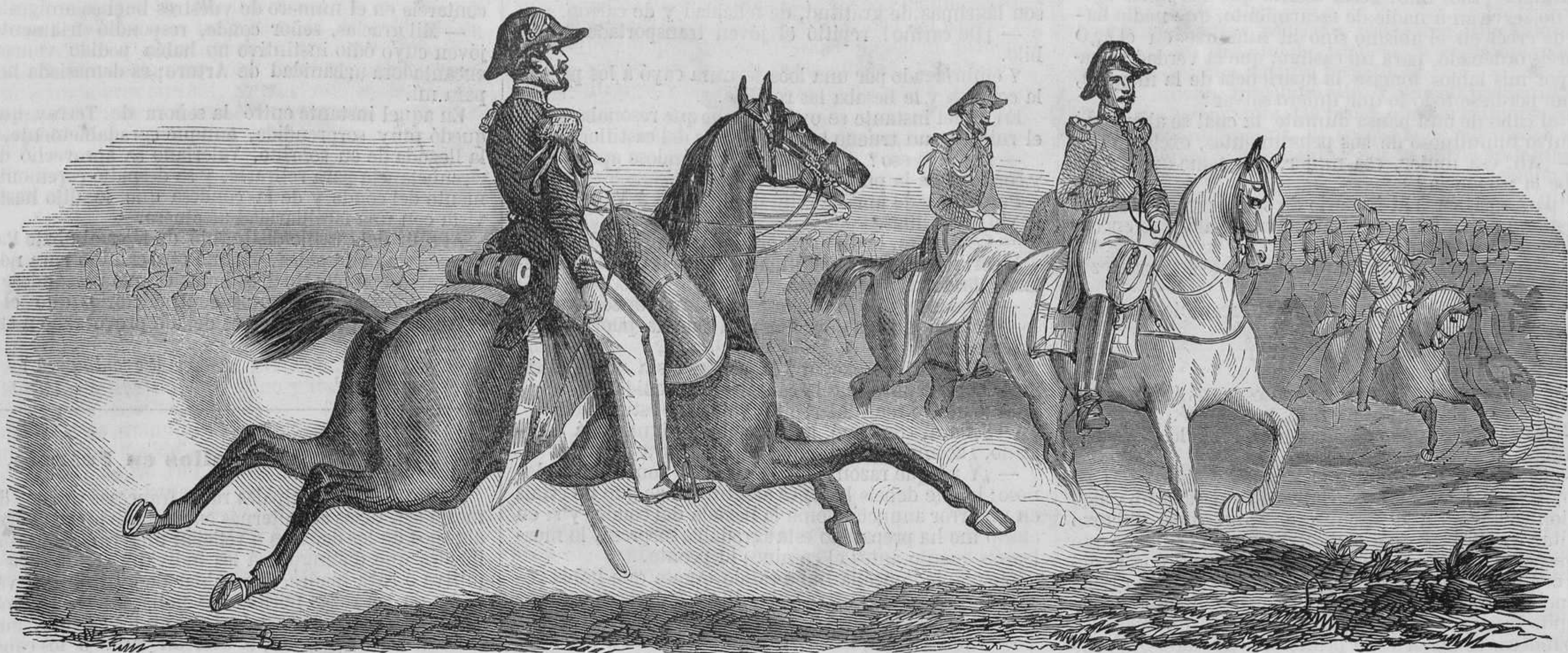
Otro caballo francés que tiene mucha analogía con el auverniano, es el ardeniano que se cria en los departamentos de las Ardenas y del Aisne. Como el primero es impropio para el tiro; su altura que no pasa de 1 metro 50 á 1 metro 51 cent. y muchas veces es inferior, excede sin embargo á la de los caballos auvernianos; por eso pueden emplearse para la caballería intermedia, como los dragones y lanceros, ó para los oficiales de los trenes. Sin ser hermoso, el caballo ardeniano no carece de cierta elegancia que debe á su ojo abultado, á su oreja bien plantada y á su cuello esbelto. Es ágil y nervioso y resiste muy bien á la fatiga y á la intemperie. En suma es una excelente raza que todavía no se halla apreciada en su justo valor y que no se piensa en multiplicar lo bastante.

Otra variedad del caballo ligero es el caballo de Tarbes que á veces llaman tambien caballo navarro; efectivamente tiene algo á la vez del caballo español y del caballo árabe, ó mas bien se le tomaría por una variedad del caballo español cruzado inmediatamente con sangre oriental.

Estos caballos se destinan principalmente á las necesidades de la tropa ligera, son vivos y rápidos; para los húsares son excelentes. Bien que se crien caballos de esta raza en una parte del Mediodía, se puede considerar como su centro Tarbes; estos caballos no son tan elegantes como los andaluces, pero en cambio son quizás mas vigorosos.

Algunos individuos se distinguen de los que acabamos de describir por un cuerpo mas largo y por sus piernas mas finas; tambien se crien en las cercanías de Tarbes y pueden servir como los otros para la caballería ligera; tienen el paso mas largo y por consiguiente son mas rápidos.

Antes de dejar los caballos propios para la silla, tengamos que decir dos palabras de otra raza tan preciosa como distinguida, la del Mellerault. Estos caballos son normandos, y forman una raza bien determinada que no hay que confundir con la última, propia particularmente para el tiro. Por lo demás, la confusión sería difícil, pues los caballos del Mellerault tienen mas analogía con los ingleses y aun con los árabes que con los

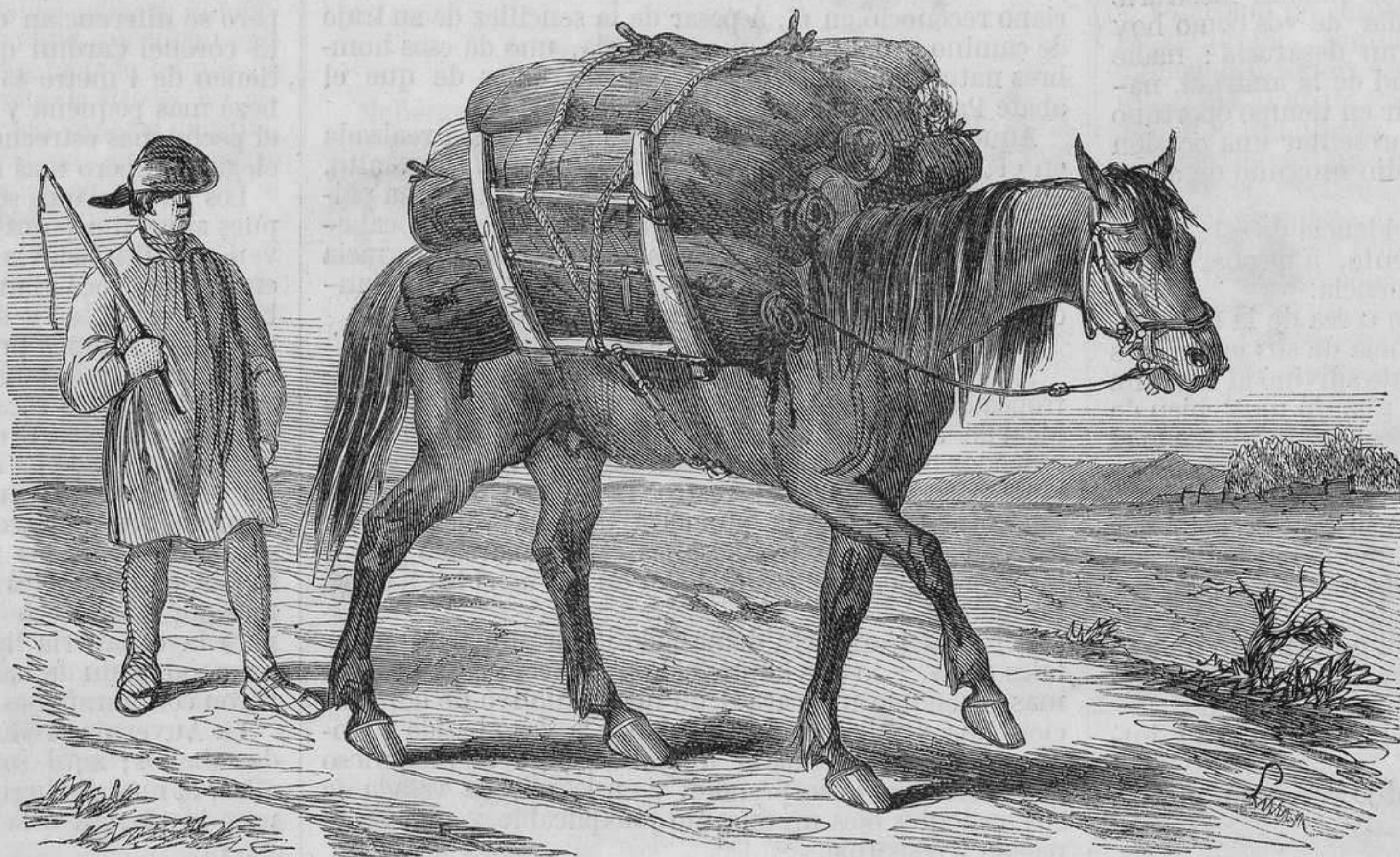


Las razas de caballos en Francia. — Caballo del Mellerault.

normandos. Hasta se cree que esa antigua raza debe haber tenido un poco de sangre oriental. En efecto, la cabeza es mas cuadrada, las fosas nasales mas abiertas, cosa importante en el caballo de silla en el que la resistencia del aliento y la facilidad de la respiracion constituyen cualidades preciosas; en una palabra, todas sus formas son mas angulosas que redondas.

Estos caballos se crian especialmente en los cantones de Merle, de Courtemer, de Melleraut, y del lado de Alencon en medio de los prados donde llevan una vida casi salvaje. Siempre están sueltos. Los caballos de las yeguas del Pin, una de las mas hermosas, sino es la primera de Francia, son el tipo mas perfecto de la especie. Luego les envian á otra parte de la Normandía, y especialmente á los alrededores de Bayeux.

Se dice del caballo del



Las razas de caballos en Francia. — Caballo del Morbihan.

Melleraut que tiene ciertos movimientos muy duros, pero compensa este defecto con cualidades muy notables; tiene mucho nervio, mucha energía, mucha resistencia. Aunque no es muy alto, sirve sin embargo muy bien en la caballería. Como no produce nada hasta que le montan, sale muy caro y los ganaderos tienen que venderle á un precio bastante considerable. Por esto se encuentran en el ejército pocos individuos de esta raza; solo pueden tenerlos los oficiales superiores.

Una circunstancia particular de estos caballos es que resisten, por decirlo así, á la cruz de razas; todas las que han probado no han servido mas que para demostrar que mas podia perderse que ganarse con estas alianzas un poco temerarias, y que lo mejor que habia que hacer era conservar la raza en toda su pureza.



Las razas de caballos en Francia. — Caballo alsaciano.

Muchos piensan con el coronel Cardini que la raza del Melleraut debía tener un poco de sangre oriental; si se quisiera proseguir esta analogía, se podría la recordar que

en esta raza lo mismo que en la de los árabes, las yeguas superan generalmente á los machos.

Si á fuerza de cuidados y de inteligencia, la Francia

cuenta con los recursos necesarios para atender á las necesidades de su caballería ligera, no sucede lo mismo con la caballería pesada. En primera línea colocamos los



Las razas de caballos en Francia. — Caballo ardeniano.

normandos, y para eso observamos que su verdadero destino era mas bien el tiro que la silla. Esta escasez de caballos pesados ha hecho que se utilice la raza que la Francia posee en las orillas del Rhin, en la Alsacia, de la cual se encuentran tambien algunos individuos en una parte del Moselle, por el lado de Saint-Avoid, de Pont-á-Mousson y sobre los confines de la Prusia rhiniana; sirve principalmente para la gendarmería, pero estos caballos, á pesar de su hermosa apariencia, no hacen un servicio enteramente bueno, ya porque su temperamento sea muy flojo, ya porque tienen la vista débil. En efecto, muchos de estos caballos se quedan ciegos. Además son de paso muy lento y á menudo carecen de energía.

Hay en Francia una comarca montaraz, llamada el Morvan que separa, digámoslo así, las dos Borgoñas: en este país privado de ca-



Las razas de caballo en Francia. — Caballos de Auvernia.

minos, habitado por una raza de hombres robustos, de costumbres duras y casi salvajes, no hay mas que un producto, la leña, ni mas que una industria, la explotación de los bosques. Allí todo el mundo es leñador ó carbonero como en las cercanías de Saint-Etienne todo el mundo es minero. La ausencia de vias de comunicacion no permite servirse de carros ni grandes ni pequeños; por eso todos los transportes se verifican con los caballos del país, que forman, digámoslo así, una raza particular. Estos caballos son mas fuertes que los que sirven en muchos puntos de la Francia para el mismo trabajo, sobre todo entre Bernay y Alençon, donde son conocidos con el nombre de *caballos de bosque*, y mas fuertes tambien que los que se hallan en el límite de los departamentos del Morbihan y del Ille-et-Vilaine, y que van á buscar á Coquidan el mineral que



Las razas de caballos en Francia. — Caballo de Tarbes.

sirve para alimentar las fraguas de Paimpont. En cualquier otro país que el Morvan, esos caballos podrian servir igualmente para los transportes agrícolas, y para

tirar los carros de los aldeanos, pero la ausencia total de caminos tiene reducido hasta aquí al caballo del Morvan á la condicion que hemos dicho. Estos anima-

les nacidos y criados en los bosques, son sobrios, resistentes y poco enfermizos. Su manutencion no cuesta casi nada, pues casi se alimentan con los pastos que encuen-

tran por los montes. No hemos concluido la enumeración de las razas de caballos que produce la Francia, pues nos quedan algunas que dar á conocer, de tiro y de silla. El Centro, el Mediodía y el Norte tienen razas de que no hemos hablado aun, y que reservamos para nuestro próximo artículo.

Exposición Universal de la Industria.

XXVIII.

LOS TEJIDOS DE ALGODON. — OBJETOS DE LUJO. — ARTÍCULOS BARATOS.

Los productos que pueden considerarse como de lujo en el ramo de telas de algodón permanecen aun comúnmente en el género de artículos baratos. No obstante, hay varios artículos excepcionales que tienen precios muy elevados; sin hablar de los encajes y los bordados, se encuentran telas de fondo liso que pueden costar tan caras como las sederías de mas alto precio. Cuando la fábrica de Nancy quiso regalar á la emperatriz Eugenia un vestido bordado, mandó tejer en Tarare una muselina de una finura extraordinaria, para la cual emplearon algodón del n° 480, esto es, del hilo que cuenta 480,000 metros por cada libra de algodón en rama. Si se extendiera este hilo procedente de una cantidad de materia tan reducida, podría desarrollarse sobre una longitud de 480 kilómetros. La tela que produjo era magnífica.

Aunque no debíamos hablar hoy de la exposición de Tarare, dirémos ya que la ocasión se presenta, que esta fábrica toca á los extremos en punto á precios; al lado de las muselinas á 25 céntimos el metro, produce otras á 18 fr. el metro. ¿Qué manos han podido cruzar los hilos que forman las últimas? Se creería que ese tejido se ha hecho por encanto.

Las telas de este género que sirven para formar el contraste de la fabricación de lujo y la fabricación barata, nos separarian muy luego, si quisiéramos seguir sus diferentes ramificaciones, del grupo de las telas de algodón propiamente dichas. Por eso nos paramos aquí, pues de estas últimas queremos tratar solo en este momento.

Cuando se habla de baratura en el dominio del algodón, naturalmente se ocurre el nombre de la Inglaterra.

A través de las nieblas del Irwell y de las nubes de humo que las hacen todavía mas densas, se distingue esta activa ciudad de Manchester con sus establecimientos inmensos, con sus máquinas gigantescas inundando el mundo con sus productos y contando sus parroquianos por millones.

Manchester, se decía, debe eclipsar en la Exposición todas las fábricas del universo por la baratura de sus algodones. ¿Ha sido así en efecto? ¿No halló alguna rival al menos sobre algunos puntos aislados? ¿Cosa singular! otro Manchester figuraba en las galerías, y esta localidad poco conocida aun, pero que un día se pondrá en evidencia, si continúa desarrollando su fabricación en la vía en que la ha colocado, adelante en algunos artículos á la reina manufacturera de la Gran-Bretaña.

Y no se trata de una ciudad imaginaria, sino de una ciudad verdadera que existe en los Estados-Unidos de América. La confederación americana tiene la costumbre de dar á pueblitos que el rápido movimiento de la población en esos países transforma muy pronto en ciudades populosas, los nombres mas grandes de la historia antigua y moderna. Una se llama Roma, otra Siracusa, otra Paris, y en el Estado del New-Hampshire, hay otra que se llama Manchester. Ahora bien, un fabricante de esta localidad, M. Meriam Brewer, ha enviado tejidos que el Manchester del condado de Lancastre no lograria fabricar á igual precio.

Los Estados-Unidos, cuya industria se hallaba incompletamente representada sobre todo en las telas, en el palacio de los Campos-Eliseos, tenían al menos en el género especial que nos ocupa, las muestras mas curiosas. Allí vimos telas de fondo ceniciento rayadas de azul para el vestido de los negros á 52 céntimos el metro. Inútil sería advertir que estas telas son sólidas, pues su destino lo dice claramente. Había telas blancas con una cara formada de hilos cruzados y la otra parecida al muleton que no costaban mas que 52 y 55 céntimos. Lisas las había á 38 céntimos el metro. Las fábricas de los Estados-Unidos podrian hacer en breve á la industria inglesa una terrible concurrencia.

Un país de Europa, la Prusia, presentó géneros particulares de telas, que no tienen iguales ni en Francia ni en Inglaterra, y cuya baratura es verdaderamente fabulosa. Estos tejidos provienen de las manufacturas de Gladbag, donde les han dado los nombres de *lamas*, *castores* y *calmucos*. Los unos carecen de pelo, y los otros, por el contrario, le tienen muy largo: su precio baja hasta 70 y hasta 40 céntimos el metro. Al pronto se creería que son falsas estas indicaciones, pero sin embargo, hay que rendirse ante la evidencia.

La Suiza contaba tambien varios artículos á precios que ningun otro país podría establecer, pero estos artículos están fuera del círculo de la masa principal del consumo; ya los hallaremos mas adelante. Por otra parte, me apresuro á decir que todos los ejemplos que acabo de citar son hechos excepcionales. Seamos

justos; para la generalidad de las mercancías á bajo precio, la palma le toca de derecho á la ciudad de Manchester en Inglaterra.

Esta localidad industriosa es seguramente la mas extraordinaria del mundo entero. En la Exposición se hallaba representada por unos sesenta manufactureros inscritos colectivamente con el nombre de su ciudad. ¡Qué surtido tan notable de todas las telas de algodón! Costaba trabajo convencerse de que fueran verdaderos los precios que estaban marcados en los artículos; pero tambien, dejando á parte las circunstancias singulares que favorecen aquí la producción, ¡qué bien entendida está la economía manufacturera! En ningun otro punto se sabe sacar tan buen partido de todos los elementos dados. En los talleres de Manchester no hay desperdicios; los residuos que en otras partes ni siquiera se recogen, aquí se utilizan y con ellos se fabrican mantas á 32 sueldos. El aderezo de las telas, esto es, el conjunto de las operaciones que dan á los tejidos un aspecto que lisonjea la vista del comprador, se trata entre los ingleses con un cuidado y una habilidad dignos de imitación en todos los países industriales. Manchester abraza todos los géneros de fabricación aunque los tejidos ligeros forman con particularidad el patrimonio de Glasgow en Inglaterra.

En Francia, la fabricación barata y la fabricación de lujo entendidas en los límites y en el sentido que hemos precisado, se hallaban representadas la una por la Normandía y las fábricas de los departamentos del Oeste, y la otra por Mulhouse, San Quintin y Tarare. Sin duda los talleres de la Alsacia contaban un crecido número de objetos á bajo precio, pero nosotros solo queremos caracterizar aquí la línea general de la fabricación local. El género de las telas confeccionadas en un grupo debe naturalmente corresponder al género de hilo que allí se produce; donde se llega á los números elevados como en Mulhouse, se fabrican telas finas, y por el contrario, los tejidos mas ó menos comunes se encuentran en las fábricas donde se contentan con hilos de número bajo.

No es esta la única cosa que llama la atención cuando se examina el estado respectivo de los dos grandes ramos en que se divide la industria algodoneira, á saber: la filatura y el tejido, sino que hay otro que anhelo distinguir en el momento en que despues de haber visto el algodón saliendo de las brocas, vamos á seguirle en los telares de tejer. Esta correlación se halla enlazada con el progreso mismo de ambas industrias; la filatura y el tejido siguen en materia de perfeccionamientos líneas paralelas.

Confieso que el tejido del algodón ofrece á las miradas aspectos mucho mas variados que la filatura, cuyos productos son en general un poco monotonos, pues permite comprender mucho mayor, no solo el genio industrial de los diferentes pueblos en donde se practica, sino tambien las aptitudes singulares de los distritos manufactureros de una misma nación: mas diversificado el cuadro, se hace mas curioso.

Sin embargo, aun en sus manifestaciones mas complejas, el tejido del algodón tiene de comun con la filatura, que no ha sido objeto durante estos últimos años de ninguna de esas transformaciones extraordinarias que hacen época en la historia de una industria. Como en la filatura el progreso está no tanto en los nuevos descubrimientos como en el vuelo de la explotación de ciertos descubrimientos anteriores. En tanto que hemos visto á los hiladores aplicarse á montar telares de tejidos automáticos ó *self-acting*, vemos á los jefes de los establecimientos franceses aumentar el número de sus aparatos mecánicos. A falta de invenciones notables, se distingue en la filatura como en el tejido, una multitud de perfeccionamientos secundarios que sirven continuamente á la industria algodoneira.

Ciertas casas merecen una mención especial por las mejoras que han introducido en el empleo de los procedimientos ordinarios. En la filatura, debemos citar en primera línea una fábrica de que trataremos mas adelante, y que ocupa en la industria francesa una categoría muy elevada, la fábrica de MM. Gros, Odier, Roman y compañía en Wesserling; despues citaremos el establecimiento de MM. Nicolas Schlumberger en Guebwiller y el de MM. Hartman en Munster. En el tejido y la impresión no nos faltarán ejemplos análogos. Bajo el punto de vista en que nos hemos colocado, la semejanza de situación es realmente completa entre los dos ramos dependientes del grupo de la industria algodoneira.

Cada uno de los grupos manufactureros de la Francia participa del movimiento de ascension de la industria algodoneira, tal como la hemos definido, pero no todos son partícipes de él bajo una misma forma. Cuando se estudia en los objetos expuestos los progresos realizados últimamente, se reconoce luego que en Flandes y en Normandía, la filatura y el tejido puro y sencillo son los dos elementos que mas se desarrollan. En Alsacia, el vuelo se manifiesta principalmente en la estampación, y debo añadir tambien en el blanqueo y el aderezo de las telas. Este ramo importante de la industria algodoneira que permanece siempre á un nivel elevado en la fábrica de MM. Daviller y compañía en Gisors, ha efectuado nuevas conquistas en el Este de la Francia. La tribu, (puedo dar este nombre á esa agregación patriarcal) la tribu de Wesserling le ha impreso un empuje considerable. En Senones (Vosges) se han realizado igualmente progresos notables en la fábrica de M. E. Seilliere.

Despues de haber señalado de este modo la región alsaciana y la región normanda, si queremos contemplar la diferencia que separa las fabricaciones de una y otra

comarca, no tenemos mas que tomar por ejemplo una tela bien conocida, la indiana; comparando los tejidos de este género expuestos por Mulhouse con los de Ruan, conoceremos en breve que no se dirigen los fabricantes de ambos puntos á la misma clase de consumidores, dejando, como siempre debe hacerse, el debido puesto para las excepciones individuales, se podrian abrazar en divisiones enteramente locales los diferentes productos de la industria algodoneira, en cuanto á la finura. Las mercancías mas delicadas vienen de San Quintin y de Tarare; las de una finura mediana, pero que tiende á perfeccionarse, de Mulhouse; los artículos ordinarios de Ruan y los mas ordinarios todavia del Oeste de la Francia.

Estos diferentes productos exigen ser juzgados en la categoría á que pertenecen; no hay entre ellos comparación posible.

Para apreciar debidamente la obra de un fabricante, es preciso tener en cuenta qué clase de consumo es el que busca y cuáles son sus precios. Verbi gracia, las telas para chalecos que expuso M. Debuchy de Lila y que le valieron en los concursos anteriores tan justas distinciones, no pudieron considerarse bajo el mismo punto de vista que las telas análogas de Laval y de otras ciudades de la zona occidental. La fábrica de la cabeza de partido del Mayenne es una fábrica en progreso, y sin embargo, no pretende manejar el algodón con la delicadeza de los manufactureros del Norte.

Una ciudad normanda citada ya y que está rodeada de otros pueblos industriales, que forman en turno suyo como otros tantos satélites, Fiers, puede presentarse como ejemplo de una de las fortunas mas rápidas realizadas en la producción que se dirige á la mayoría de los consumidores. Sus aparatos contenian muestras curiosas; en ellas se reconocian unas fabricaciones que luchan con su especialidad, que quieren innovar y que, sin embargo, no desean salir demasiado de su círculo ordinario. Sus telas para pantalones de verano llevaban el sello de su género mas comun, y sus tejidos para muebles tocaban al dominio de la fantasía; pero no hacian mas que tocar, pues los manufactureros se muestran todavia demasiado reservados en el empleo de los colores para que hayan entrado en él realmente.

La fabricación de Ruan domina toda la zona de la producción barata. Puede decirse que se lució en la Exposición Universal de 1855; su triunfo le obtuvo en su terreno primitivo, en aquel que yo llamaria su dominio patrimonial.

Su exposición reproducia fielmente los dos ramos principales de su especialidad: la *ruaneria* y la indiana. La *ruaneria* comprende todo el grupo de los productos de algodón teñido antes del tejido. Ruan trabaja en este ramo para una clientela que gusta de los colores bien acentuados. Aunque teniendo en cuenta este gusto, los fabricantes deben evitar con cuidado el mezclar tonos que nunca van bien juntos.

Los estampados de Ruan se hacen igualmente para las masas: no vimos aquí por cierto los tejidos delicados y los armoniosos dibujos que se hallaban en las galerías de Mulhouse, ni tampoco habia matices tan vivos; los colores eran en general un poco apagados, porque el precio de las telas obliga á economizar todo color costoso. Sin embargo, no por eso dejaban de merecer elogios los artículos expuestos; para conocer todo su mérito no habia mas que ver los escaparates de M. H. Barbet, cuya fama industrial descansa en las mas solidas bases, los de MM. Girard y compañía, los de M. Rhem, M. Hazard, etc. En cuanto á telas para muebles, debo citar á M. A. Raupp. Como uno de los productos de este distrito se notaban igualmente los pañuelos de algodón *ilustrados* de MM. Lamy-Godard hermanos, y las colgaduras con dibujos como se hallan en las posadas y en las casas de los labradores de la Normandía, y que fueron expuestos por MM. Stackler y H. Pimont.

No quisiéramos dejar el grupo de los artículos de Ruan sin echar una mirada sobre los productos de un género especial, de cuyo buen éxito se enorgullece á justo título la opinion pública. Se trata de los tejidos de algodón apropiados á las necesidades del ejército, de esos tejidos que están haciendo servicios inapreciables á los soldados franceses en las orillas del mar Negro. El algodón ha tomado una ancha parte al lado del lino en los suministros militares, pues se emplean en la confección de los objetos de campamento y en el vestido de las tropas. Un tejido de un grano compacto y espeso sirve para las tiendas, y otro que es á un tiempo fuerte y sedoso para las camisas de los soldados. Menos caros que las telas de lino, los tejidos de algodón presentan con las ventajas que le son propias una parte de las ventajas de las telas de lana. Uno de los escaparates de la exposición de Ruan, el de M. J. Levavasseur, nos daba una idea muy exacta de esa aplicación todavia bastante nueva: las muestras eran variadas y de una ejecución perfecta. A M. J. Levavasseur se deben muchas mejoras en ese género de trabajo. En el mismo escaparate habia tambien tejidos de algodón para las velas de los buques. La experiencia confirmó plenamente los ensayos que hasta ahora se habian hecho con timidez. Ruan envia de estos tejidos al extranjero sobre todo á los Estados-Unidos de América.

La fabricación de los artículos para el ejército y para la marina es digna del mayor interés: corona maravillosamente el conjunto de los productos del grupo del Norte.

A SUS VIOLETAS.

Yo adoraba tus árabes ojos,
De tu tez el suave color
Y tus labios que frescos y rojos
Exhalan armónica voz.

Yo adoraba tu negro cabello,
Tu ligero, brevísimo pié,
La finura sin par de tu cuello,
De tu frente la noble altivez.

Y te amaba, sultana, como ama
Africano ginete veloz
A la fuente que apaga su llama
De sediento volcánico ardor.

Mas en noche de plácida calma,
De la música al dulce compás,
Estreché yo tu talle de palma
En aéreo fantástico vals.

Y al tocar de tu seno turgente
El precioso contorno gentil.
A su rico aromático ambiente
Otro aroma mezclado sentí :

Posábase en tu seno voluptuoso,
(A mi ardiente pasión grato reclamo)
Tierno y humilde, triste y oloroso
De violetas diminuto ramo.

Y tu rostro brillante de hermosura
Sobre el violado múltiple capullo,
Encerraba una sombra de ternura
De la lejana música al arrullo.

Ebrio de amor y loco y delirante
Con un suspiro te pedí las violas;
Tus labios las tocaron un instante...
Y te perdiste en las vivientes olas.

Largo tiempo maldije mi cariño :
Mas al primer fulgor del nuevo día,
Tu mano fiel de regalado armiño
Las violas al pasar dejó en la mía.

Desde entonces calmaron tus flores
Del amor la vivísima sed,
Y depuestos mis locos ardores
Se tornó mas constante mi fé.

Que si tus violetas estrecho
En ardiente delirio de amor,
Siento aun conmoverse mi pecho
De tu mano al suave calor.

Y perdona, violeta temprana,
Que secara mi aliento febril
Si no ves de la bella sultana
El angélico rostro gentil.

Yo tu cáliz besé con locura,
Tu perfume en el valle busqué;
Hoy cautiva mi loca ternura
Animado perfume tambien.

Hoy tan solo, tiernísimo adoro
Con eterno volcánico afán
De su voz el encanto sonoro
El moreno color de su faz.

Si te adoro, sultana, te quiero
Con tranquila y ardiente pasión;
Como luz ansió el prisionero
Como quieren las flores al sol.

Pío GULLON.

LA ADELFA.

— Vive la adelfa triste,
Siendo gentil y hermosa,
En solitarios campos,
O en las desiertas costas.

¿Porqué no crecen flores
Bajo sus verdes hojas?
¿Porqué la adelfa vive
Tan apartada y sola?

— ¿Qué penas la entristecen?
¿Qué pesares devora?
Flores, prestadme oído
Y os contaré su historia.

Vivió en los prados la adelfa,
Gentil, ufana y pomposa;
Dulce orgullo de la fuente
Que murmuraba á su sombra.

Y vió del prado fecundo
Sobre las bordadas ondas,
Flores de inmensa hermosura
Y de riquísimo aroma.

Tuvo continuos desvelos,
Y pesares, y congojas...
Y tuvo envidia la adelfa;
Pero lo supo la aurora.

Y allá á los desiertos campos,
Y á las solitarias costas
Hízola huir, pues la envidia
Cuanto respira emponzoña.

Por eso la triste adelfa
Vive macilenta y sola,
Y guarda amargo veneno
Oculto en sus verdes hojas.

José SELGAS Y CARRASCO.

Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

En los primeros días del último agosto han sido acometidos los trabajos en el Norte-América para el establecimiento de la línea telegráfica que ha de poner en comunicación el nuevo mundo con el viejo. La compañía de Nueva-York, Nueva-Fundlandia y de Londres han emprendido el planteamiento de los alambres telegráficos en el Océano Atlántico. Debe quedar unida la ciudad de Saint Johns en Nueva-Fundlandia, con la de Cork en Irlanda, ascendiendo la distancia entre los dos puntos extremos á 168 millas inglesas. Existe la esperanza que á la vuelta de unos tres años se quedará terminada esta grande empresa, dando á la red telegráfica europea-asiática-africana un desarrollo tal que el Norte-América pueda entonces comunicar hasta San Francisco de California. En Tejas llegan los alambres ya muy al interior del país, y ahora se trata de extenderlos hasta las costas del Océano, con lo cual habría una línea telegráfica no interrumpida de San Petersburgo, la Crimea y Tunes por una parte, y por otra hasta Tejas, California y Méjico. Trátase al presente en Inglaterra del plan de conciliar un sistema telegráfico para poner la India Oriental en contacto con la línea europea. A mediados de setiembre debe haber ya quedado concluido el establecimiento de la línea de Saint-Johns hasta Port au Pasque, atravesando la parte Sud de la isla de Nueva-Fundlandia. La distancia entre Port au Pasque y el Cabo North sobre la isla Cabo Breton, cruzando una parte del golfo de San Lorenzo, comprende 74 millas inglesas. Colócase tres alambres de pulgada y media de grueso. El gigantesco cable metálico ha sido confeccionado en Londres y tiene un peso total de 400 toneladas de á 2,000 libras cada una. Hállase el mismo á bordo de un navío velero remolcado por un vapor. A deducir de las exploraciones practicas por los hidrógrafos existe en la direccion dada, entre el Cabo Race en Nueva-Fundlandia y Cabo Clear en Sud-Irlanda, en el fondo del Océano Atlántico, una llanura submarina cuya profundidad no excede en parte alguna á los 10,000 piés.

INVENCIÓNES Y DESCUBRIMIENTOS. — No hace mucho se hizo en Dresde el ensayo de un nuevo descubrimiento para la explotación de la electricidad en las locomotivas, en lugar del carbon de piedra. Tuvo un éxito feliz, pues la máquina impulsada por la electricidad, no quedó atrás; pero la aplicación de este elemento no ofrece para el objeto en cuestion ventaja alguna, por cuanto el zinc, necesario para la producción de la electricidad, es demasiado costoso.

— M. Berthon, presbítero inglés, ha inventado una nueva clase de bombardas hechas de cautchuc. El almirantazgo inglés encontró la idea excelente, mandando que se procediera á la construccion de una bombarda como el modelo, y armándola despues con un mortero de 13 pulgadas, dispuso se practicasen ensayos con una carga de 20 libras á fin de averiguar la resistencia del cautchuc contra el retroceso de la pieza. Al 15º disparo se deshicieron los bordes de la bombarda, y en el mismo momento fuese esta á pique, llevándose á uno de los sirvientes. El almirantazgo no desiste por esto de explotar el invento de M. Berthon, y se propone construir otra bombarda análoga con doble solidez.

MINAS. — La Gaceta de San Francisco de California refiere el descubrimiento de un manantial en Eldorado County, en California, cuya agua procede de una mina de arsénico. El filon tiene 30 piés de potencia. Al redactor de dicho periódico se le han enseñado vetas abundantes de mineral aurífero y de arsénico, cuya abundancia se prueba con la grande mortandad de los trabajadores en aquellas minas.

— El valor de toda la materia bruta beneficiada por las diferentes industrias mineras del Reino-Unido se puede calcular por término medio en 33 millones de libras esterlinas. Solo en las minas de carbon de piedra perecen anualmente por accidentes mas de mil personas.

CAMINOS DE HIERRO. Reciente todavía la invención de los caminos de hierro, se marcan ya tres períodos en el curso que su aplicación ha seguido en las naciones de Europa mas adelantadas en el desarrollo de su riqueza.

El primer período, que puede llamarse de ensayo, sirvió para poner en comunicacion poblaciones situadas á corta distancia, Manchester y Liverpool en Inglaterra (1830), Lyon y Saint-Etienne en Francia, casi á la misma época.

En el segundo período, se ha unido ó se está acabando de unir los principales puntos mas distantes entre sí de aquellos países: tal es lo que vemos en Bélgica, en los Estados mas importantes de Alemania, ó en las líneas francesas de primer orden.

La union de los caminos de las diferentes naciones realizada tan solo en algunas partes, pero que desde luego va á emprenderse en grande escala, formará el tercer período de que hemos hablado, y será naturalmente el que ejercerá mayor y mas directo influjo en el aumento de las relaciones internacionales, el agente mas activo para desvanecer antiguas preocupaciones y crear nuevos lazos de amistad entre los pueblos. La Francia y la Alemania, la Suiza y la Italia se ocupan activamente de enlazarse por medio de vias férreas directas, y es regular que no se verá privada la España por mucho tiempo de este singular beneficio. Así se lo aconsejan á la Francia para las perforaciones de los Pirineos que le corresponden la tradicion de su política y los intereses de su comercio.

Nos han sugerido estas reflexiones las siguientes noticias que el *Monitor* copia de un periódico de Viena, sobre una empresa grande ya en la parte que está próxima á realizarse, pero que llevada á cabo en su totalidad seria de unas consecuencias incalculables, poniendo á Constantinopla á muy pocos dias de distancia de Paris.

Tal es el camino que llevan las cosas, que estos proyectos ú otros semejantes que ántes de ahora podian parecer hallarse reservados para un porvenir lejano, los creemos destinados á una realizacion, comparativamente hablando, muy inmediata, porque las grandes empresas de crédito que en todas partes se desarrollan se verán obligadas á crear nuevos y vastos negocios para dar empleo productivo á sus capitales.

Hé aquí lo que copia el *Monitor* de Francia:

« La *Correspondencia austriaca* contiene el anuncio de un hecho del mayor interés para el porvenir de las relaciones comerciales de Austria con Francia. Trátase de la conclusion de las líneas de ferro-carriles destinadas á unir la red occidental de vias francesas y rhinianas con la red austriaca, que debe mas adelante formar el punto de partida de la gran línea oriental de Constantinopla.

Por un decreto fechado el 8 de este mes se concede á M. Merk, cónsul general de Austria en Hamburgo, y á M. Lindheim, comerciante, la construccion y explotación de la línea de Viena á Linz, y del doble ramal que debe unir esta última ciudad con la frontera bávara, en Salzburgo, por un lado y en Passau por otro.

El todo de estas líneas, que comprenden 43 millas alemanas (1) desde Viena á Salzburgo, y 12 desde Linz á Passau, podrá quedar concluido en el espacio de cinco años á contar desde la adopción del proyecto. El estudio de este proyecto está ya terminado por lo que toca á la línea de Viena á Salzburgo, que en su curso desde Linz á Salzburgo tomará mas de dos terceras partes de la vía ya construida de Gmunden. El Estado garantiza á la empresa un minimum de interés de 5 2/10 por 100. La concesion es por 90 años.

Los concesionarios proyectan la fundacion de una compañía por acciones, bajo un capital de 65 millones de florines, en la que, segun se dice, tomará parte el crédito moviliario austriaco.

La construccion de esta nueva vía y su prolongacion hasta Munich completarán la línea que unirá con Viena las costas del Océano y pondrá á treinta y seis horas una de otra las dos capitales de Austria y Francia. El mas brillante porvenir parece reservado á esta línea, que llevará el nombre de ferro-carril de la emperatriz Isabel. Sin hacer mencion de las importantes relaciones que establecerá entre los países así reunidos, calculando solamente por el movimiento actual del valle del Danubio, puede estimarse en 2 millones el número de viajeros que recorrerán la nueva vía, y en 16 millones de quintales la cifra de las mercancías que se transporten, ofreciendo un total producto de 8 millones 500,000 florines, que deducidos gastos, dan un dividendo de 8 1/4 por 100.

— R. Stephenson, el célebre ingeniero inglés, ha sido nombrado presidente del *Instituto de ingenieros civiles* de Londres, habiendo pronunciado en su recepcion un discurso relativo al ramo de ferro-carriles, en el cual desenvuelve detalles muy interesantes comprensivos á la organizacion y desarrollo de este prodigioso elemento de comunicacion de Inglaterra. Trasmittimos á nuestros lectores los extractos siguientes: La red de ferro-carriles ingleses comprende una extension total de 8,054 millas inglesas, (una milla inglesa de tierra = 25 minutos), es decir, mas que la longitud total de los 10 mas grandes rios de Europa. Con todos los rails reunidos se podria componer una faja de hierro al rededor de nuestro globo. El conjunto de las líneas férreas ha costado 286 millones de libras esterlinas, es decir, una tercera parte de la deuda nacional. Los convoyes recorren cada año 80 millones de millas, y el material se compone de 5,000 locomotoras y 150,000 vagones ó carruajes. Las locomotoras consumen anualmente 2 millones de toneladas de agua. En 1854 fueron trasportados 111 millones de pasajeros, haciendo por término medio cada uno de ellos 12 millas. Los carruajes de correos y diligencias, trasportaron 10 viajeros, y para haberse encargado de 300,000 por dia, habrian necesitado las respectivas empresas hasta 10,000 coches, y 120,000 caballos. Los ingresos ascendieron en 1854 á 20.215,000 libras esterlinas. El gasto de reposicion del material averiado, es muy grande, pues se necesitan al efecto en cada año 20,000 toneladas de hierro, y 26 millones de durmientes, los cuales reclaman hasta 300,000 piés de árboles, que cubren una superficie de monte como de unos 5,000 acres, (1 acre = 143 varas cuadradas). Mucho favorecen los ferro-carriles la reduccion del porte de la correspondencia, pues sin ellos habria sido imposible rebajarla á

(1) Cada milla alemana corresponde á unas cinco millas inglesas.

un penny. (un penny equivale á un cuarto). Solo el transporte de los periódicos necesitaria 15 diligencias, y el precio del porte de cada número, subiria cuando ménos á 5 céntimos.

— Los incidentes desgraciados en las vías férreas no son tan numerosos como se pudiera creer. En el primer semestre, se pudo contar uno, por cada 7.195,341 viajeros. Otros datos no ménos curiosos, ofrecen todavía los ferrocarriles, por ejemplo, el número de empleados directos es de 100,000 y 40,000 el de los indirectos; 100,000 hombres casados, representan una poblacion de 500,000 almas, de manera que se puede decir, que una quincuagésima parte de la poblacion de la Gran-Bretaña depende de los ferrocarriles. Si se suprimiesen las vías férreas, costaria el tráfico que en el día sostiene á la nacion inglesa, cuando ménos 60 millones de libras esterlinas. Hay mas aun : para el hombre, el tiempo es dinero, y en cada viaje de 12 millas ganan 111 millones de viajeros una hora, lo que en la vida del hombre que trabaja ocho horas, daria un resultado de 38,000 años, y si se calcula 3 chelines solamente por día, resultará un ahorro de 2 millones de libras esterlinas para un hombre que viva y trabaje medianamente.

ESTADÍSTICA MARÍTIMA Y MILITAR DE EUROPA. — *La Presse* publica un notable artículo sobre la estadística marítima y militar de Europa, del que tomamos los datos siguientes, que no carecen de interés.

« Fuerzas militares de Europa en 1856:

País	Unos	hombres de todas armas.
Austria.....	650,000	—
Baviera.....	239,000	—
Bélgica.....	100,000	—
Dinamarca.....	75,000	—
Dos Sicilias.....	106,000	—
España.....	75,000	mas la milicia nacional y el ejército de Ultramar.
Francia.....	650,000	—
Confederacion germanica.....	452,423	—
Gran-Bretaña.....	263,000	mas la milicia del ejército de la India.
Grecia....	10,226	—
Islas Jónicas.....	3,000	—
Módena y Parma...	6,302	—
Países-Bajos.....	58,647	—
Estados Pontificios.	11,274	—

Portugal.....	—	33,000, además del ejército de la India.
Prusia.....	—	525,000, comprendidas las dos primeras quintas de la landwer.
Rusia.....	—	699,000: y segun cálculos mas recientes, en 1854 un millon.
Cerdeña.....	—	48,000
Suecia.....	—	167,000
Suiza.....	—	108,000
Toscana.....	—	16,980
Turquía.....	—	310,970

De ellos..... 4.462.214 hombres.
2.581,282 pertenecen á las seis potencias representadas en el congreso de Paris.

Fuerza marítima (material) de Europa en 1854-1855:

Austria: 6 fragatas, 5 corbetas, 7 bricks, 47 buques inferiores, 18 lanchas cañoneras, 10 vapores: total 102 buques, con 752 cañones.

Dinamarca: 5 navíos de línea, 6 fragatas, 4 corbetas, 4 bricks, 89 lanchas cañoneras, 7 barcos de vapor: total 120 buques armados con 889 cañones.

Dos Sicilias: 2 navíos, 5 fragatas, 2 corbetas, 5 bricks, 12 fragatas de vapor, 15 barcos inferiores: total 29 buques con 444 cañones.

España: 4 navíos, 9 fragatas, 2 corbetas, 19 bricks, 40 buques de vapor, 319 buques pequeños: total 410 buques, 1,530 cañones, fuerza de 9,970 caballos.

Francia: 53 navíos, 58 fragatas, 78 corbetas, 101 bricks mixtos ó de vela, 3 navíos de esta especie, 20 fragatas, 30 corbetas, 64 avisos de vapor: total 407 buques, 11,733 cañones y 28,750 caballos de vapor, no comprendiéndose en este número 320 buques nuevos echados al agua en 1855 y un gran número de bombardas.

Gran-Bretaña: 302 barcos de vela, con 11,478 cañones, 289 buques de vapor con 5,818 cañones: total 591 buques, 17,291 cañones y fuerza de 69,989 caballos de vapor: además 110 buques de servicio.

Grecia: 2 corbetas, 3 bricks y otros varios buques: total 25 buques, 143 cañones.

Islas Jónicas: una fragata, 3 barcos de vapor.

Países-Bajos: 5 navíos, 15 fragatas, 12 corbetas, 10 bricks: total 84 buques, 2,000 cañones, y además 58 lanchas cañoneras.

Portugal: un navío, una fragata, 6 corbetas, 6 bricks y otros varios buques: total 44 buques, 404 cañones.

Prusia: 4 fragatas, una corbeta y otros varios buques: total de ellos 50 con 250 cañones.

Rusia: 60 navíos de línea, 37 fragatas, 70 corbetas, 40 vapores y otros varios buques: total de ellos 207 con 9,000 cañones.

Cerdeña: 8 fragatas, 4 corbetas, 4 bricks y otros buques: total 40 con 900 cañones.

Suecia y Noruega: 10 navíos, 11 fragatas, 13 bricks y corbetas y otros buques de diferentes clases: total 475.

Turquía: 6 navíos de línea, 16 fragatas y otros varios buques: total 70 con 1,605 cañones.

Sumadas las fuerzas de los Estados marítimos de Europa, resulta un total de 2,845 buques, de los cuales 600 son de vapor, y 50,000 cañones, proximadamente: las seis potencias representadas en el congreso de Paris reunen 1,519 buques y 39,648 cañones. »

ESTADÍSTICA.—El *Morning-Chronicle* en un cuadro estadístico, que relativamente al imperio ruso, consigna en sus columnas dice: El suelo de la Rusia tiene una extension de 1,698,905,000 acres. Inglaterra no cuenta mas que 76,066,036, es decir, la vigésima parte que dicho imperio. No incluimos en estos números nuestras colonias; pero tampoco contamos en cambio mas que con la Rusia europea. De la citada enorme extension de territorio 218,387,000 acres al ménos, son tierras de labores que producen soberbias cosechas de cereales de todas clases, cáñamo y lino. Tiene además 107,971,000 acres de praderas. Los montes cubren una extension de 433,934,000, hay 23,804,000 acres unidos á casas particulares, y en su mayor parte cultivados. En fin, una tercera parte del suelo, se halla inculto.

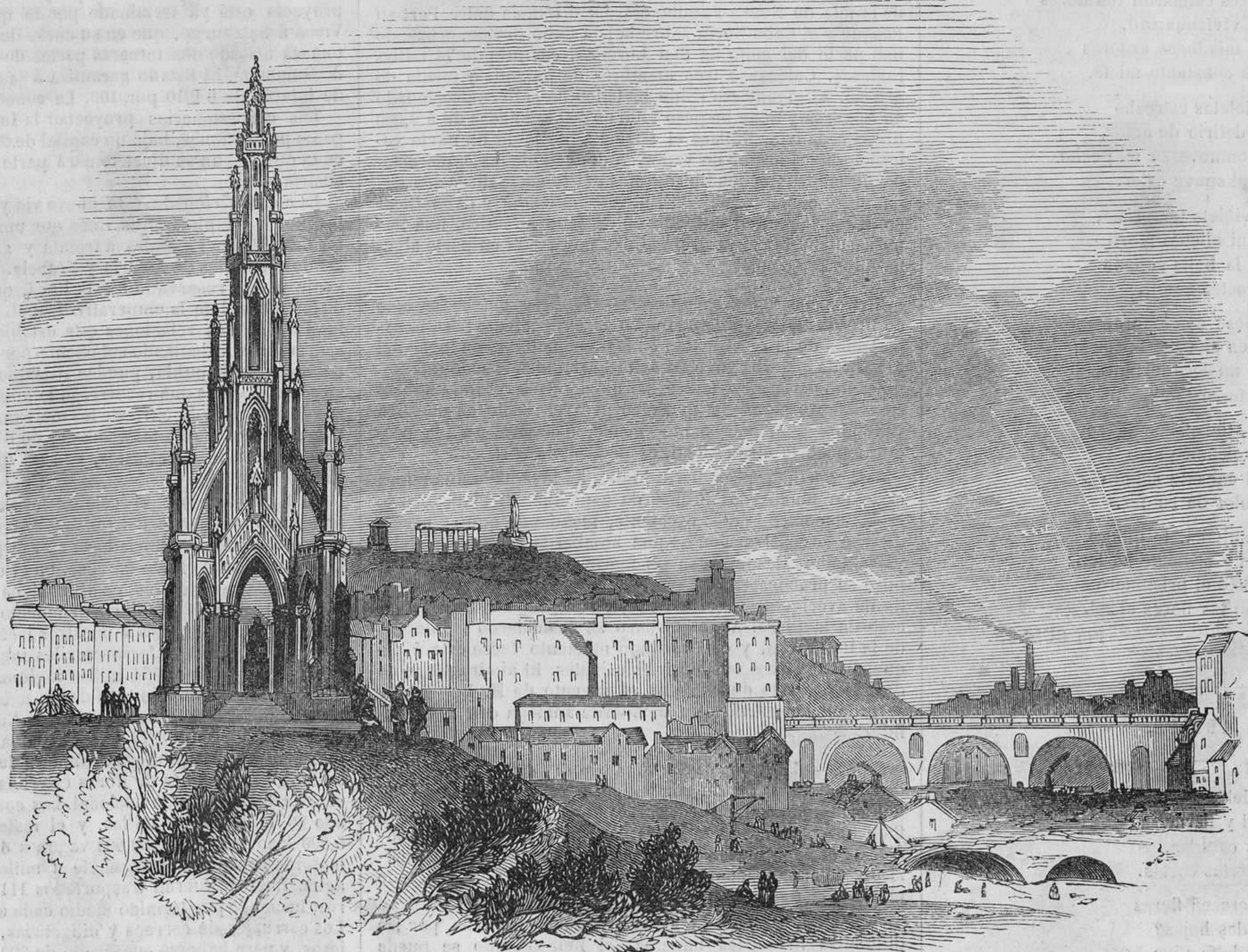
— Stuttgart, capital del reino de Wurtemberg, cuenta en el día, no incluyendo las tropas de la guarnicion 46,507 habitantes. El número de pobres que reciben socorro de las arcas y asociaciones de beneficencia, asciende á 869, entre los cuales se distribuye, bajo diferentes conceptos, la cantidad de 23,841 florines anuales, (un florin 8 rs. vn.)

— Durante el año próximo pasado, ocurrieron en los Estados-Unidos del Norte-América, 193 grandes incendios, ascendiendo el valor de los edificios demolidos y efectos devorados por el elemento destructor, á 20,578,000 dollars. (un dolar 20 reales, 20 mrs. vn.) Los incendios, cuyos daños no ascendieron á 20,000 dollars, no están comprendidos en aquella cifra. El número de personas que en su consecuencia fenecieron, asciende á 119.

El monumento de Walter Scott en Edimburgo.

Tres dias despues de la muerte de Walter Scott ocurrida el 21 de setiembre de 1832 se formó un comité que abrió una suscripcion para elevar un monumento á su memoria. La primera reunion tuvo lugar el 5 de octubre, y el 22 de mayo siguiente las suscripciones subian ya á 5,752 lib. 14 ch. El 25 de noviembre de 1835 llegaron á la suma de 6,873 lib. 11 ch. 6 p. En presencia de este resultado el comité decidió por una mayoría de 31 votos contra 19 que se adornaria el monumento con una estatua. Efectivamente en 1836 se abrió un concurso en el cual se presentaron 45 artistas y arquitectos. Al cabo de muchas deliberaciones la ejecucion del monumento se confió á M. Kemp y la estatua á M. Steell, pero las obras no se principiaron hasta el 13 de agosto de 1840. Sin embargo, los fondos llegaron á ser insuficientes y el comité dió muchos bailes llamados *bailes de Waverley* cuyos productos sirvieron para cubrir el excedente de los gastos.

El monumento de Walter Scott que M. Kemp no tuvo la satisfaccion de terminar costó 43,000 lib. sin contar el precio de la estatua. Cubre una superficie de unos 20



Monumento elevado en Edimburgo, á la memoria de Walter Scott.

metros cuadrados y se eleva á una altura de 33 metros. Es una torre ó aguja gótica sostenida por cuatro arborescentes, y ricamente adornada de pináculos, torrecillas y nichos que contienen las estatuas de los principales personajes de las novelas de Walter Scott. Las cuatro es-

tatuas que rodean en los cuatro nichos mayores la estatua de Walter Scott son: el príncipe Carlos Stuarto (al Norte) de Waverley, Meg Merrilies (al Este) de Guy Mannering, la Dama del Lago (al Mediodía) y el último Trobador (al Oeste).

La estatua de Walter Scott colocada en medio del monumento honra en extremo al escultor M. John Steell. Es de mármol de Carrara. Walter Scott en una proporcion doble del natural está sentado; tiene un lápiz en sus manos que sostienen al mismo tiempo un libro cerrado en sus rodillas. Su rostro manifiesta una expresion de satisfaccion serena; es la fisonomía del poeta contento de su obra. Su perro Maida tendido á sus piés alza la cabeza y parece mirándole que participa de su alegría. Walter tiene el traje que llevaba ordinariamente; un plaid bien colocado cubre sus hombros y cae sobre sus piernas sin ocultar sus gruesos zapatos. Esa hermosa estatua costó 10,000 pesos fuertes.

El monumento se inauguró con mucha pompa el 15 de agosto de 1846, día aniversario del nacimiento de Walter Scott.